

ANALES DEL ATENEO

DEL URUGUAY

AÑO III — TOMO VI

MONTEVIDEO, MARZO 5 DE 1881

NÚMERO 31

Curso de Derecho Constitucional

POR EL DOCTOR DON JUSTINO J. DE ARÉCHAGA

SEGUNDA PARTE

ORGANIZACION POLÍTICA

CAPÍTULO IV

MODO DE VOTAR

(Continuacion)

II

SUMARIO — El voto público y el voto secreto — Razones que se aducen en favor del voto público — El elector es responsable ante la sociedad de la manera como vota, y en consecuencia, el sufragio debe darse públicamente — El voto público fortifica en los ciudadanos el sentimiento de la responsabilidad, levanta los caracteres y vigoriza el espíritu público — Razones que se aducen en favor del voto secreto — Emancipa el sufragio de las influencias ilegítimas que pueden ponerse en juego para desnaturalizarlo — Evita las violencias y la lucha brutal, sangrienta y desmoralizadora en los momentos de la votación — Objeciones que se hacen al voto secreto — La publicidad debe necesariamente acompañar el ejercicio de todas las funciones políticas — Refutación — Si el voto secreto dificulta la corrupción electoral — Casos prácticos que contrarian esta opinión — Ideas de Lord Brougham a este respecto — Demostración de que la cuestión del voto público y del voto secreto no puede ser resuelta en un sentido único y exclusivo — Demostración de que una combinación de estos dos modos de votar, que haga secreto el voto en el momento de depositarse las balotas en las urnas, y público al verificarse el escrutinio, es el método que más conviene a este país — Método que existe en nuestro país y en otras sociedades.

¿El voto debe darse pública ó secretamente? — Ambas opiniones cuentan con decididos partidarios, y en los debates á que ha dado lugar esta cuestión se han aducido por una y otra parte muy fundadas consideraciones para justificar la superioridad de uno y otro

modo de votar. Entiendo, por mi parte, que esta cuestion, lo mismo que la que acabo de examinar sobre las elecciones directas é indirectas, no puede ser resuelta en un sentido único y exclusivo, y que la adopcion del voto público ó del voto secreto depende principalmente de las condiciones especiales de cada sociedad política. Llégase fácilmente á esta conclusion examinando las ventajas y los inconvenientes que cada uno de estos dos procedimientos electorales ofrece.

Los partidarios del voto público, fundándose en la naturaleza del sufragio, demuestran con rigurosa lógica que la publicidad debe naturalmente acompañar el ejercicio de ese derecho político. El sufragio, dicen con toda verdad, es un derecho político, esto es, una funcion de soberanía que ejerce la *sociedad* como un organismo especial y que solo es atribuida á los ciudadanos á título de elementos componentes de ese organismo. Tiene esta funcion de soberanía por exclusivo objeto la creacion de los centros de autoridad encargados de la direccion de los intereses generales de la sociedad, y por consiguiente debe ser ejercida teniéndose únicamente en consideracion el bien público y no los intereses particulares de cada elector. Luego, pues, el elector es responsable ante la sociedad cuando concurre con su voto á esa accion compleja que tiene por fin la eleccion periódica del personal de los Poderes Públicos, y esa responsabilidad solo puede hacerse efectiva á condicion de que el voto se dé públicamente para que la sociedad pueda fiscalizar la conducta de los electores. Es muy posible que si el voto fuera secreto y, en consecuencia, la opinion pública no pudiera influir en el ánimo de los electores en el sentido de impedir que, al ejercer el derecho de sufragio, procedieran de una manera inconveniente y deshonesto, muchos ciudadanos, dominados por sentimientos egoistas ó sometidos á la influencia de los medios de corrupcion que se ponen siempre en juego en las elecciones, hicieran un uso ilegítimo de su voto, con perjuicio de los intereses generales de la sociedad. Con el voto público se establece un freno bastante eficaz para contener, ya que no para impedir completamente, esos abusos y esas inmoralidades.

Ofrece tambien otra ventaja de consideracion este procedimiento electoral. El voto público fortifica en los ciudadanos el sentimiento de la responsabilidad, los habitúa á ejercer sus derechos con toda independencia y decision, y á afrontar con energía los peligros que amenudo ofrece el ejercicio de la libertad política, y, en conse-

cuencia, levanta los caracteres y vigoriza el espíritu público. Se ha dicho que « hay algo de vergonzoso para la libertad en reclamar el secreto cuando ella impone la publicidad al poder » (1). Conceptúo un tanto exagerada esta opinion, pues en algunos casos el secreto puede ser una garantía indispensable para la libertad; pero es indudable que cuando un pueblo se habitúa á ejercer secretamente sus funciones de soberanía, corre el peligro de perder gran parte de su energía y de las virtudes cívicas que son necesarias para conservar el bien inestimable de la libertad.

Así sostienen su doctrina los partidarios del voto público, y necesario es reconocer que los fundamentos en que la apoyan son indestructibles. Pero, á su vez, los defensores del voto secreto abonan su opinion con muy poderosas razones. — Sin desconocer que los electores, por desempeñar una funcion que afecta directamente los intereses generales de la sociedad, deben naturalmente ser responsables ante ella, opinan que la publicidad produce en muchos casos el efecto de someterlos á influencias, tan ilegítimas como irresistibles, que les colocan en la imposibilidad de poder votar libremente y con arreglo á sus convicciones y á sus preferencias; y sostienen, en consecuencia, que siendo la independencia de los electores una de las condiciones indispensablemente requeridas para el legítimo y conveniente ejercicio del derecho de sufragio, el voto debe darse secretamente para emancipar á los ciudadanos de esas influencias. Refiérese esta observacion á ese doloroso estado de dependencia casi absoluta en que se encuentran en algunos pueblos las clases inferiores en virtud de su mísera condicion económica; y es indudable, en mi concepto, que en aquellas sociedades en donde el número más ó ménos considerable de electores que constituyen la clase obrera, por efecto de su precaria situacion económica, se encuentran sometidos á la opresora dominacion de los capitalistas, y en el momento de ejercer el derecho de sufragio se hallan irremediabilmente colocados ante la cruel alternativa de votar con entera independencia, perdiendo entonces el trabajo y con él los medios absolutamente indispensables de subsistencia, ó someterse ciegamente á las imposiciones de los capitalistas para no verse* arrastrados al profundo abismo de la miseria más espantosa, es indudable, en mi concepto, digo, que en tales sociedades el voto secreto debe nece-

(1) Guizot — « Histoire des origines du Gouvernement représentatif » — tomo 2.º, pág. 231.

sariamente ser adoptado para garantir la independencia de los electores, anulando esas influencias ilegítimas que falsean fundamentalmente el sistema representativo.

Por otra parte, cuando el voto se dá públicamente, las elecciones son casi siempre tempestuosas y ocasionan sangrientas colisiones. La publicidad permite que los electores conozcan exactamente el número de sufragios emitidos por los miembros de cada partido político durante todo el tiempo establecido para la recepción de los votos; y ese escrutinio anticipado que verifican los partidos, siguiendo hora por hora, minuto por minuto, las oscilaciones de la votación, produce resultados funestísimos. La agrupación electoral que vé perdida la elección de sus candidatos y triunfantes los de sus adversarios, dominada por la violencia y las pasiones que la lucha electoral engendra y que desencadena el sentimiento de la derrota, echa mano de toda clase de medios para vencer en las elecciones ó para conseguir por lo ménos que éstas no puedan terminarse legalmente, á fin de inutilizar la victoria de los contrarios. Se empieza entonces por cometer actos aislados de violencia para atemorizar á los electores del partido opuesto y aljarlos del recinto en donde deben depositar sus votos, y cuando esto no basta, se empeñan luchas sangrientas con el objeto de sustraer los votos emitidos por los adversarios, ó de imposibilitar que las elecciones continúen y terminen. Esos actos de violencia, esas luchas brutales, sangrientas y desmoralizadoras solo pueden impedirse por medio del voto secreto, que, no permitiendo que los electores conozcan el estado de la votación en los momentos en que ella se verifica, destruye la causa que los origina.

Tales son las ventajas que ofrece el voto secreto. Pero observan los adversarios de este modo de votar que la publicidad es uno de los elementos característicos de las instituciones libres, una de las condiciones esenciales del sistema de gobierno representativo democrático, y que, por consiguiente, en una sociedad regida por ese sistema político, todas las funciones públicas sin excepción, y muy especialmente el sufragio, que es una de las más importantes, deben ser desempeñadas públicamente, cualesquiera que sean las ventajas que pueda ofrecer el secreto. Nada más infundado que esta observación. Muy lejos estoy de negar ó empequeñecer la altísima importancia que, en el orden político, tiene la publicidad; pero sostengo, sin embargo, que ella no puede ser considerada como un principio absoluto, de cuya aplicación no pueda legítimamente pres-

cindirse en ningún caso, como sucede, por ejemplo, con el principio de la soberanía social, y con el de la libertad individual. No hay, sin duda alguna, poder sobre la tierra que tenga el derecho de encadenar la libertad individual ó de privar á la sociedad de su soberanía, aunque ésta sea inepta para gobernarse á sí misma y aquella perjudique los intereses privados, porque estos son verdaderos principios absolutos, elementos esencialísimos y bases fundamentales de la organización social y política de los pueblos, impuestos por el supremo ordenador de las humanas sociedades. Pero la publicidad no tiene estos caracteres; la publicidad es simplemente una garantía, un medio, el más eficaz ciertamente, para mantener á los funcionarios públicos dentro de los límites de su legítima esfera de acción, y para poder hacer efectivas las responsabilidades en que incurren cuando, menospreciando la opinión pública y la ley, cometen abusos y atentados. Y por esta razón, siempre que la publicidad, en vez de una garantía importe un peligro ó un serio obstáculo para el regular y eficaz funcionamiento de determinadas instituciones políticas, debe ser abandonada, como se abandona todo medio que no responde al fin que se tuvo en vista al adoptarlo. Así, por ejemplo, aun en los pueblos donde la publicidad de los actos de los Poderes Públicos se ha establecido más ampliamente, las negociaciones diplomáticas se llevan á cabo secretamente hasta el momento de someterlas á la aprobación de la Asamblea Legislativa, ó del Poder á quien corresponda esta facultad, porque, de no hacerlo así, sería sumamente difícil, sinó imposible, realizar esas negociaciones. Luego, pues, será siempre legítimo y arreglado á los principios del gobierno representativo democrático el establecimiento del voto secreto, cuando con la publicidad, lejos de conseguir que los ciudadanos ejerzan con acierto y moralidad el derecho de sufragio, solo se obtenga el resultado de someterlos á influencias ilegítimas y funestas que coarten por completo su independencia electoral y los conviertan en instrumentos inconscientes de ajenas ambiciones.

Además de las consideraciones que he expuesto en favor del voto secreto, adúcese comunmente otra que conceptúo infundada. Se dice que « con la publicidad tienen los corruptores del sufragio el medio de cerciorarse de que los electores les cumplen la promesa de votar por esta ó la otra persona; y desde que tal facilidad existe, no puede ménos que influir en aumentar las tentativas de corrupción y en hacer que ellas tengan el funesto resultado de falsear la voluntad

popular. El secreto, se agrega, es, por el contrario, una garantía contra la corrupción, porque los que emplean el medio inhumano de comprar los votos de los electores, no se atreverán á emplearlo por temor de ser engañados, no habiendo modo de cerciorarse si los que aceptan un precio por su voto cumplen ó no la promesa que les hayan hecho de darlo en favor de las personas que se les hayan designado. El secreto, privando al corruptor del medio de averiguar si se le cumple ó no lo que se le ha prometido, es por lo mismo una garantía positiva de la independencia del elector.» (1)

No me parece difícil demostrar que estas observaciones son inexactas. Desde luego puede invocarse contra ellas la experiencia, que es el más poderoso de todos los argumentos. En Inglaterra, hasta el año de 1880, el voto fué público y la corrupción electoral ha sido indudablemente considerable; pero en los Estados-Unidos se vota secretamente, y no obstante esto y las severísimas penas establecidas por la ley contra la venalidad de los votos, la corrupción electoral se practica en iguales ó mayores proporciones que en Inglaterra. « Solo en Nueva-York, dice Claudio Jannet (2), se encuentran 40,000 votos en venta, y los americanos dicen que los irlandeses están siempre dispuestos á votar en favor de quien les pague un vaso de *whisky*. » Estos hechos demuestran, pues, que el voto secreto no es una garantía contra la corrupción.

Ocupándose Lord Brougham de esta cuestión en su notable obra « La Democracia y los Gobiernos mixtos » niega que el voto secreto dificulte la corrupción electoral y justifica ampliamente su negativa en los siguientes términos: « Los peligros de la corrupción son los que deben tenerse más en cuenta cuando se trata de los defectos del sistema representativo; y muchas personas proponen confiadamente el voto secreto como el medio más seguro de evitar ese inconveniente. Confieso que no participo de esa opinión. Supongamos que un puesto en el Parlamento es ardientemente ambicionado por dos candidatos y que hay en una y otra parte la misma disposición á comprar y vender votos. En este caso, se comprende fácilmente que el secreto del voto dará origen á un género de medidas propias para aumentar más bien que para disminuir la corrupción. Se formará en seguida un grupo de agentes que se en-

(1) Florentino Gonzalez --- « Lecciones de Derecho Constitucional » --- pág. 140.

(2) « Les Etats-Unis Contemporains », tomo primero, página 116.

tenderán con los candidatos, ó con sus amigos, para estipular una suma de dinero en su favor en el caso de que triunfen sus respectivas candidaturas, pero sin tener el derecho de pedir nada en el caso de que la elección no dé resultado favorable; los agentes que hayan celebrado uno de estos contratos por mil libras esterlinas, por ejemplo, se entenderán inmediatamente con otros agentes subalternos, que recibirán á su vez cien ó cincuenta libras esterlinas si triunfan los candidatos por quienes se comprometen á votar, y nada en el caso contrario. Estos agentes subalternos están interesados en procurar el mayor número de votos que puedan conseguir con las cinco sextas partes, por ejemplo, de la suma que se les ha ofrecido, guardando el resto para ellos; y cada votante que hayan así comprado no recibirá el precio de su voto sino en el caso de resultar electo el candidato. De esta manera, cada uno de los contratantes principales ó inferiores, y aun los mismos votantes estarán directamente interesados en el triunfo del candidato, y se verá surgir así una multitud de agentes de corrupción, tal como no habrá producido jamás el voto público. ¿ Quién puede dudar por un momento, que este nuevo método de corrupción no sea mucho más eficaz y más general que cualquiera de los que puedan actualmente practicarse con el voto público? (1) »

Dije al comenzar el estudio de esta cuestión, que ella no podía ser resuelta en un sentido único y exclusivo, y que la adopción del voto público ó del voto secreto dependía principalmente de las condiciones especiales de cada sociedad política. Y paréceme que esta verdad ha sido comprobada con toda exactitud en las precedentes observaciones. En efecto; dadas las razones que, con todo fundamento, se aducen en favor de uno y otro modo de votar, es forzoso concluir que, en aquellas sociedades en donde los ciudadanos no encuentran obstáculos de ningún género para proceder con toda independencia al ejercer el derecho de sufragio y en donde, al mismo tiempo, las elecciones no ocasionan escenas de violencia y sangrientas luchas, el voto debe darse públicamente, porque además de no existir motivo alguno para acordar la garantía del secreto á los electores, la publicidad ofrece ventajas de consideración y produce excelentes resultados; y que, por el contrario, allí donde un número más ó menos considerable de ciudadanos se ven en la imposibilidad de ejercer libremente el derecho de sufragio, á

(1) Lord Brougham « De la Democratie et des Gouvernements Mixtes. »

causa de influencias irresistibles que anulan su independencia electoral, ó donde la falta de hábitos democráticos, de moralidad política y de respeto á la ley hace que las elecciones se conviertan en luchas brutales y sangrientas, solo el voto secreto puede practicarse, si se quiere que la soberanía popular sea una verdad y el sufragio la expresión genuina y libre de la voluntad y del pensamiento de los ciudadanos.

Puede también adoptarse en algunas sociedades un procedimiento electoral mixto; y entiendo por mi parte que, una combinación de los dos modos de votar que ya he indicado, que haga secreto el voto en el momento de depositar las listas de candidatos en las urnas y público al verificarse el escrutinio general, es el método que más conviene á nuestro país. Entre nosotros, si bien es verdad que no es posible establecer el voto público, por la razón que en seguida indicaré, no es ménos cierto sin embargo, que no existe la causa principal que hace necesario el voto secreto, la falta de independencia electoral en las clases inferiores de la sociedad. Como tuve ya ocasión de manifestarlo al ocuparme de la extensión del sufragio, ni en nuestra sociedad, ni en los demás pueblos de América, ni aun en muchos del viejo mundo, las clases trabajadoras se encuentran en esa desgraciada condición económica que priva al ciudadano de su independencia de acción y de su dignidad de hombre libre. En los pueblos de América especialmente, la escasez de población y la ausencia total de los vicios de organización social que han contribuido como factor principal á la aparición del pauperismo en las sociedades Europeas, lejos de colocar al obrero bajo la dependencia de las clases acomodadas, le dá un grado de independencia más que suficiente para que, tanto en el orden económico como en el político, pueda siempre obrar con entera libertad (1). Entre nosotros, el único obstáculo que se opone á la publicidad del sufragio consiste en los actos de violencia, en las luchas brutales y sangrientas que se producen siempre en los momentos en que se verifican las elecciones, que alejan de las urnas á los ciudadanos pacíficos y á los elementos conservadores de la sociedad y los abandonan á los caprichos de los demagogos y de las turbas desmoralizadas. Luego pues, haciendo secreto el voto en el momento de depositarse las balotas en las urnas, é impidiendo de esta manera que los electores conozcan el estado de la vo-

(1) Véase el capítulo II, párrafo III de estas lecciones.

tación en los momentos en que ella tiene lugar, se salvan los peligros que acabo de indicar. Y dando publicidad al escrutinio, á la vez que no se tropieza con ningún inconveniente, que no corre peligro alguno la independencia de los electores, se consiguen todos los buenos efectos que produce el voto público.

Este procedimiento electoral mixto es el que existe al presente en nuestro país, establecido por la ley promulgada el 27 de Abril de 1878 (1), el que se practica en Inglaterra desde el año 1880 y el que se sigue también en la República Argentina y en Baviera.

III

SUMARIO—Determinación práctica de las personas á quienes corresponde el ejercicio del derecho de sufragio.—El Registro Cívico, ó las listas electorales.—El Registro Cívico permanente y el Registro Cívico formado en cada período electoral.—Razones aducidas por Rossi en favor del sistema del Registro Cívico permanente.—Demostración de que el sistema seguido en nuestro país, de formar un nuevo Registro Cívico en cada período electoral es más ventajoso y difícil más que el primero la ilegalidad y el fraude en las inscripciones.—La inscripción voluntaria y la inscripción á domicilio y obligatoria para todos los ciudadanos.—Como sea este último procedimiento puede conciliarse con la teoría del sufragio obligatorio.—Ventajas que ofrece el método de la inscripción á domicilio y obligatoria.—Omissiones, errores y fraudes en la inscripción.—Medios de salvarlos.—Jurados de reclamaciones ó de tachas.—Disposiciones que deben adoptarse para facilitar la depuración y el perfeccionamiento del Registro Cívico.

Como no todos los miembros de la sociedad son ciudadanos; como el ejercicio del derecho político de sufragio no corresponde á todos los habitantes de un país sin excepción alguna, sino que, por el contrario, muchos de ellos están, y deben estar con toda justicia, privados del ejercicio de esa importante función de soberanía, por carecer de las condiciones necesarias para adquirir la calidad de ciudadanos, ó por haber incurrido en algunas de las causas de suspensión ó pérdida de la ciudadanía, (2) es indispensable que, antes de verificarse las elecciones, se proceda á la determinación práctica de las personas que tengan el derecho de tomar parte en ellas. No haciéndolo así, ó sería de todo punto imposible llevar á cabo la elección del más insignificante funcionario público, si la calificación de los electores se verificara en el mismo momento en que se presentaran á depositar su voto en las urnas, pues que en tal caso todo el tiempo que la ley señalara para la recepción

(1) Véanse los artículos 79, 10, 21 y 40 de dicha ley.

(2) Véase el capítulo II de estas lecciones.

de los votos sería insuficiente para debatir y resolver las infinitas cuestiones que á cada momento surgirían, y se producirían escenas de violencia y hasta sangrientas colisiones, ó las prescripciones constitucionales acerca de la ciudadanía serían completamente ilusorias si, no existiera alguna barrera contra la intervencion ilegítima en la lucha electoral, de los que no son ciudadanos, se colocara á estos en condiciones de poder influir abusivamente con su voto en la eleccion de los Poderes Públicos.

Para salvar todos estos peligros, así como tambien el de que un mismo elector pudiera, sin ningun obstáculo, votar varias veces en una misma eleccion, la ley ha establecido en todas las sociedades regidas por el sistema representativo el Registro Cívico, ó *las listas electorales*, como lo denominan los legisladores y tratadistas europeos. El Registro Cívico es el censo de todos los miembros de la sociedad que reúnen las cualidades necesarias para el ejercicio del derecho de sufragio, levantado separadamente en cada una de las diversas secciones en que se divide cada circunscripcion electoral. Se hace constar en ese Registro el nombre, edad, domicilio, estado y profesion de cada ciudadano y todos los demás datos que puedan servir para determinar con toda precision á las personas inscriptas, y se entrega á cada una de ellas, en el acto de la inscripcion, una papeleta, llamada *boleta de inscripcion*, para que justifiquen su calidad de electores y su identidad personal al depositar sus votos en las urnas electorales.

En nuestro país y en las demás Repúblicas Sud Americanas se forma en cada período electoral un nuevo Registro Cívico, quedando enteramente anulado el anterior. En Francia, España, Suiza, Bélgica, Italia, y muchos otros pueblos del viejo mundo, el Registro Cívico es permanente, y todos los años, dentro de un breve plazo señalado por la ley, se procede á su revision para anular la inscripcion de los ciudadanos que hayan fallecido, de los que, por cualquier causa legal hayan perdido la calidad de electores, de los que se hayan domiciliado en otra seccion electoral y de los que hayan sido declarados indebidamente inscritos por las autoridades competentes, y tambien para inscribir á todas las personas que en ese año hayan adquirido la calidad de ciudadano y á las que hubiesen sido omitidas en los años anteriores. ¿Cuál de estos dos sistemas es más conveniente? ¿Cuál ofrece mayores garantías contra la ilegalidad y el fraude en la formacion del Registro Cívico?

Rossi, (1) defiéndolo por el sistema del Registro permanente, aduce en su favor varias consideraciones cuyo resumen es el siguiente: En Francia, hasta el año de 1838, las listas electorales se renovaban en cada período electoral. ¿Cuál era el resultado de esta manera de proceder? Desde luego, multiplicaba incomodidades para los ciudadanos pues que estos se veían obligados de tiempo en tiempo á renovar su inscripcion y á hacer valer su acta de nacimiento y los demás documentos que sirven para justificar la capacidad electoral. Y ameno se abandona el ejercicio de un derecho precisamente porque ese ejercicio exige ligeros sacrificios, gastos é incomodidades. Además de esto, las autoridades encargadas de renovar completamente el Registro Cívico en cada período electoral se encontraban abrumadas por tan pesada tarea; y en medio de todas las dificultades de ese gran trabajo, dos cosas se producian naturalmente, los errores involuntarios y los errores voluntarios. De aquí surgia un considerable número de reclamaciones que apenas si habia el tiempo necesario para escucharlas. Y todo esto, para qué? A qué hacer todos los años una nueva inscripcion de todos aquellos ciudadanos cuya capacidad electoral no ha sufrido alteracion alguna? Mucho más racional y más sencillo es el sistema del Registro permanente. Cada ciudadano se inscribe una sola vez y para siempre; y mientras conserva todas las cualidades requeridas para el ejercicio de los derechos de la ciudadanía, ni sufre él incomodidad alguna, ni ocasiona tampoco inútiles tareas á los funcionarios encargados de la formacion de las listas electorales. Una vez formado el Registro permanente, no requiere más trabajo que el de su revision anual para hacer las supresiones y agregaciones que procedan; y este trabajo es fácil y puede practicarse con toda seriedad porque serian siempre muy pocas las reclamaciones que anualmente se dedujeran ante los encargados de la revision del Registro Cívico.

Así defiende Rossi, y los que como él piensan, el sistema de las listas electorales permanentes. Pero, en mi concepto, la formacion de un nuevo Registro Cívico en cada período electoral es el procedimiento que ofrece mayores ventajas y el que dificulta más la ilegalidad y el fraude en la calificacion de los electores. Es indudable que, sólo á condicion de que todos los ciudadanos, ó todas las agrupaciones políticas ejerzan una severa inspeccion sobre la

(1) P. Rossi--«Cours de Droit Constitutionnel», tomo 3.º pág. 410.

condueta de las Comisiones, ó de los funcionarios públicos encargados de la formacion de las listas electorales, podrá obtenerse el resultado de que sólo figuren en ellas los que en realidad posean las condiciones necesarias para el ejercicio del derecho de sufragio. Desapareciendo esa fiscalizacion, las arbitrariedades y los manejos fraudulentos de las personas encargadas del Registro Cívico no encontrarían barrera alguna, y las falsas é ilegítimas inscripciones se verificarían en considerable número para favorecer la accion de determinado partido político, ó la atentatoria intervencion del Gobierno en la funcion electoral, segun se confiara á Jurados populares ó á funcionarios públicos la formacion de los Registros Cívicos. Pero no es posible esperar que tal fiscalizacion se manifieste, de una manera activa y eficaz, practicándose el sistema de las listas electorales permanentes. Los ciudadanos y los partidos no viven en un estado de agitacion política incesante; muévense, enérgica y apasionadamente, cuando llega la hora de la lucha en los comicios electorales, ó en los días aciagos de violentas convulsiones políticas; pero fuera de esos momentos se entregan á la más fatal inercia y miran la marcha normal de los acontecimientos políticos y la acertada ó defectuosa direccion de los intereses colectivos con entera indiferencia. Por eso, para poder contar con el decidido, perseverante y eficaz concurso de los ciudadanos en la importante tarea de la formacion y depuracion del Registro Cívico, es necesario que ella se emprenda en los momentos en que una renovacion general del personal de los Poderes Públicos por medio del voto popular, venga á reanimar el espíritu público difundiendo por todo el organismo social el más vivo interés por las cuestiones políticas. Formándose, pues, un nuevo Registro Cívico en cada período electoral, esto es, precisamente en las épocas en que poderosos estimulantes provocan un considerable desarrollo de actividad política en el seno de la sociedad, la fiscalizacion de la condueta de las Comisiones inscriptoras se llevará seguramente á cabo con toda escrupulosidad, y las listas electorales no quedarán viciadas por el error ó el fraude, siempre que una mala organizacion de los Jurados de tachas ó los atentados del Poder no vengan á esterilizar los esfuerzos de los ciudadanos. Con el sistema del Registro Cívico permanente no es posible conseguir estos mismos resultados. Su revision anual, para hacer supresiones y agregaciones en la inscripcion, se verificaría generalmente en esos períodos de completa calma política en que el espíritu público languidece y, en consecuencia, esas operaciones

serian miradas con indiferencia por los electores. Y debilitado ó suprimido de esta manera el control popular, las personas encargadas de la revision anual de las listas electorales quedarían en condiciones de poder cometer libremente todo género de abusos. Entónces nada impediría que se hiciesen numerosas inscripciones fraudulentas y que se conserváran en el Registro, con miras ilegítimas, las que debieran ser eliminadas por causa de fallecimiento, suspension ó pérdida de la ciudadanía.

Es muy cierto que, formándose un nuevo Registro en cada período electoral, se ocasionan, como lo observa Rossi, multiplicadas incomodidades á los ciudadanos. Pero esto, lejos de ser un mal, es uno de los más importantes y ventajosos efectos del sistema que defiende. Las instituciones libres, como se ha dicho en la primera parte de este capítulo, sólo viven y prosperan á costa del esfuerzo continuo, de la incesante actividad política de los ciudadanos; luego será siempre una excelente cualidad de toda ley ó de toda institucion, la tendencia, no á disminuir, sino á multiplicar las funciones políticas de los miembros de la sociedad, que sean concilia- bles con las exigencias de la vida civil. En cuanto al otro defecto que atribuye Rossi á este sistema de formacion periódica de las listas electorales, observaré que, si se adopta la medida, sumamente útil para la marcha ordenada y regular de todas las operaciones electorales, de dividir cada circunscripcion en varias secciones, que sean bastante pequeñas para que el Registro Cívico que se levante separadamente en cada una de ellas sólo contenga un número reducido de inscripciones, las tareas de las personas encargadas de formar el Registro serán fáciles y livianas, las reclamaciones por omisiones ó inscripciones ilegales no serán muy numerosas y, en consecuencia, no habrá el peligro de que se cometan los errores y los fraudes que, sin duda alguna, se deslizarían en medio de tareas difíciles y abrumadoras.

Para la inscripcion de los ciudadanos en las listas electorales pueden adoptarse dos procedimientos distintos. En nuestro país, por ejemplo, instaladas las comisiones encargadas de la formacion del Registro, solo se incluyen en él los nombres de los individuos que espontáneamente se presentan solicitando ser inscriptos. Pero puede seguirse otro método enteramente opuesto á este; puede establecerse que las referidas comisiones, sin esperar que los ciudadanos lo soliciten, y aun contra la voluntad de estos, procedan por sí mismas á inscribir en el Registro Cívico á todas las personas do-

miciliadas en sus respectivas secciones, que reúnan las condiciones necesarias para el ejercicio del electorado, constituyéndose con ese fin en el domicilio de cada una de ellas. Y este último método, que hace la inscripción obligatoria para todos los ciudadanos, es mucho más racional y conveniente que el primero. Desde luego, para los que, como nosotros, sostienen la teoría del sufragio obligatorio (1), existe un argumento decisivo contra el procedimiento comúnmente seguido, de inscribir en el Registro Cívico tan solo á las personas que voluntariamente lo soliciten. En efecto; si todos los ciudadanos tienen el más estricto deber jurídico de concurrir con su voto á la elección periódica del personal de los Poderes Públicos, tienen también el deber de llenar todas aquellas formalidades que la ley declare necesarias para poder ejercer la función electoral; si el sufragio es obligatorio, son obligatorias también todas las formalidades previas al ejercicio del sufragio; y como la inscripción en el Registro Cívico se encuentra en estas condiciones, como sólo pueden votar los ciudadanos inscriptos, no es posible acordar á estos la libertad de hacer ó no que sus nombres se incluyan en las listas electorales. Sólo el método de la inscripción á domicilio y obligatoria es, pues, conciliable con la doctrina que hace del sufragio un estricto deber jurídico de los ciudadanos.

Pero, si prescindimos de esta doctrina, que aún no cuenta á la verdad con el asentimiento general de los constitucionalistas, no por eso dejaremos de encontrar muy poderosas razones para justificar nuestra preferencia por el método de inscripción que defendemos. Hé aquí una, indica la por Florentino González en sus *Lecciones de Derecho Constitucional* (2): «Por si tal vez suceder que, en los países en donde el gobierno representativo se ha practicado por largo tiempo, y en donde los ciudadanos aprecian toda la importancia que tiene el sufragio, no sea un obstáculo, para que todos concurren á votar, la necesidad de hacerse inscribir previamente en un registro. Podrá confiarse en que hombres que comprenden el alcance que su voto puede tener, sean bastante cuidadosos de inscribirse en ese registro. . . . Pero en los países en donde el gobierno representativo es nuevo en donde los individuos de la sociedad han estado antes acostumbrados á ver los negocios públicos como una cosa ajena á ellos, puede con toda certidumbre afirmar-

(1) Véase el capítulo I, § II de estas lecciones.

(2) Florentino González « Lecciones de derecho Constitucional » 2.^a edición página 136.

se que el número de los que se inscriban (voluntariamente) será muy reducido. Para probarlo me basta llamar la atención sobre lo que sucede en la República Argentina, en Chile y en cuantos países se exige que los ciudadanos soliciten ser calificados ó incriptos en el Registro Cívico. Apesar de las escitaciones de la prensa, sólo algunas centenas de ciudadanos se presentan á inscribirse como electores, en ciudades en donde hay decenas de miles de ciudadanos que serian hábiles para serlo. Sólo se inscriben aquellos á quienes algun círculo, club ó elica induce á ello para que puedan secundar sus propósitos.»

«Si en vez de aguardar á que los ciudadanos soliciten y obtengan el ser incriptos como electores, la sociedad inscribiera, por medio de sus agentes, los que deben ejercer el sufragio, la lista de electores sería compuesta de todos los que la ley fundamental del país declara hábiles para figurar en ella. Sería numerosísima, y el día de las elecciones concurrirían muchos más ciudadanos á votar que los que se pueden presentar en caso contrario.»

Hé aquí otra razón que no es ménos poderosa que la que acabo de transcribir. Ocorre con alguna frecuencia, especialmente en las repúblicas de este continente, que los adherentes de una ó más agrupaciones políticas, ya por considerarse desprovistas de toda clase de garantías para el ejercicio del derecho de sufragio, ya por estimar que el estado político del país exige que los ciudadanos se abstengan de tomar parte en los negocios públicos, ó por otros motivos de este género, resuelven no intervenir en la lucha electoral y, en consecuencia, dejan de solicitar su inscripción en el Registro Cívico. Pero como en cada período electoral, desde el día en que se cierran los registros cívicos hasta el señalado para la votación transcurren siempre algunos meses; y como durante ese intervalo de tiempo pueden producirse grandes alteraciones en la política, bien puede suceder que ántes de verificarse las elecciones hayan desaparecido las causas que determinaron la abstención electoral de esas agrupaciones políticas. Ahora bien; supongamos que esos hechos han tenido lugar y veamos en qué condiciones se encuentran esos ciudadanos. ¿Podrán también ellos, siguiendo la marcha de los acontecimientos, modificar su línea de conducta, pasando de la abstención á la acción? En manera alguna. Como, haciendo uso de esa singular libertad que la ley acuerda, no solicitaron su inscripción en el Registro Cívico, la omisión de esta formalidad les coloca en la más absoluta imposibilidad de ejercer el

derecho de sufragio. ¿Hay algún medio de evitar estos inconvenientes, que perjudican, no sólo á los partidos, sino que también á la sociedad, por cuanto ellos impiden que los Poderes Públicos sean formados con el concurso de todos los ciudadanos? Sí; ellos se evitan completamente aplicándose el método de la inscripción á domicilio y obligatoria, porque entonces las personas encargadas de la formación del Registro estarían obligadas á incluir en él á todos los ciudadanos, aun contra la voluntad de estos; y por consiguiente, ni aun aquellos que hubiesen adoptado la más firme resolución de no ejercer jamás el derecho de sufragio, dejarían de figurar en las listas electorales. De esta manera, llegado el día de las elecciones, ningún ciudadano estaría inhabilitado para acercarse á las urnas á depositar su voto.

Ofrece todavía otra ventaja este método de formación del Registro Cívico. Como en las inscripciones la iniciativa no parte de los ciudadanos, sino de las personas encargadas de formar las listas electorales; como no son aquellos los que deben presentarse solicitando su inscripción, sino que, por el contrario, son estos los que están en el deber de constituirse en el domicilio de cada uno de los electores de la sección para incluir su nombre en el Registro, toda la responsabilidad que pueden acarrear las inscripciones ilegales ó fraudulentas pesa casi exclusivamente sobre las comisiones á quienes se ha encomendado esa importante tarea; y esta circunstancia tiene naturalmente que producir el efecto de disminuir, de una manera considerable, el fraude y la ilegalidad en las inscripciones, siempre que el personal de aquellas sea elegido de una manera conveniente.

Una vez formado el Registro Cívico, es necesario proceder á su depuración ó perfeccionamiento. Puede haberse omitido, involuntaria ó intencionalmente, la inscripción de algunos ciudadanos; algunos errores pueden haberse cometido al designar las cualidades de las personas inscritas y pueden también haber inscripciones fraudulentas. La ley, pues, debe establecer los medios de salvar todos esos fraudes, errores y omisiones, y á esta exigencia ha respondido creando Jurados encargados de resolver todas las reclamaciones que con ese objeto se deduzcan, señalando un período para ellas y estableciendo el procedimiento que debe seguirse en esos juicios especialísimos.

Al constituirse esos Jurados, llamados *de tachas* por nuestra legislación positiva, es necesario tener en cuenta esta circunstancia:

que, dada la naturaleza de las cuestiones que deben resolver, solo podrá esperarse que sus fallos lleven el sello de la imparcialidad y de la justicia, á condición de que en su seno tengan representación igual todos los partidos ó agrupaciones electorales. Si todos ó la mayor parte de los Jurados pertenecen á un mismo partido político, toda garantía desaparece para los demás partidos. En las operaciones electorales, cuando no se oponen á la ilegalidad y al fraude obstáculos indestructibles nada es posible esperar de la moralidad de los ciudadanos.—El fraude no es en esos casos un vicio, ni un delito; se le califica de *habilidad electoral* según los dictados de una falsa moral política, por desgracia demasiado generalizada en nuestros días.

Para que la depuración ó perfeccionamiento del Registro Cívico pueda llevarse á cabo fácilmente y con escrupulosidad, es indispensable que la ley de la materia esté basada en las siguientes reglas: 1.^a Completa publicidad de las listas electorales, una vez terminada su formación, para que todos los ciudadanos puedan examinarlas y notar sus imperfecciones, 2.^a « Todo ciudadano deberá tener personería para reclamar de la omisión ó exclusión de otro ú otros, así como para defender la legalidad de cualquiera inscripción, justificando que el omitido, excluido ó tachado reúne las condiciones exigidas por la ley » (1). La inclusión de todos los ciudadanos en el Registro Cívico y la exclusión de las inscripciones falsas ó ilegales no es materia de interés privado, sino de verdadero interés público ó social; por consiguiente, todo ciudadano debe estar autorizado para hacer esas reclamaciones. 3.^a Procedimiento breve, en método verbal, y completamente gratuito para que la acción de los ciudadanos no sea estorbada por pérdidas de tiempo y gastos que no todos estarán en condición de sufrir. 4.^a Toda autoridad deberá expedir gratis, á cualquier ciudadano, cuantos documentos ó testimonios necesite ya para justificar la legalidad de una inscripción, ya para probar que ella es ilegal ó fraudulenta.

Consignándose en la ley las disposiciones que hemos indicado en este capítulo, el Registro Cívico podrá ser en realidad un censo exacto y verdadero de todos los miembros de la sociedad que reúnan las cualidades necesarias para el ejercicio del derecho de sufragio.

(1) Artículo 21 de la ley de Registro Cívico de 16 de Diciembre de 1874.

Cartas íntimas sobre la América del Norte

TRADUCIDAS Y ANOTADAS

POR DON AGUSTIN DE VEDIA

(Continuacion)

He vuelto á leer con atencion la obra de M. de Tocqueville: «*De la Démocratie en Amérique*», Los dos últimos volúmenes me parecen inferiores á los primeros. En estos, se contiene una exposicion generalmente clara, precisa y exacta, salvo débiles errores, del mecanismo de la constitucion de los Estados-Unidos, sea federal, sea particular á cada uno de los Estados que componen la federacion. Encierra además una pintura fiel del carácter americano, sobre todo, en la época en que el autor la hacía, pues ese carácter tiende incesantemente á modificarse por mil causas que sería demasiado largo enumerar; bastaría mencionar la emigracion que arroja cada año cien mil Europeos en el continente americano (1).

(1) Varias observaciones sujere esta opinion de M. de Bacourt. Tocqueville visitó la América en los años 1831 y 1832. Su grande obra apareció en 1831. No puede admitirse que el carácter americano se hubiese modificado en el término transcurrido hasta el año de 1840, en que escribe el diplomático francés. Esas modificaciones pueden deberse solo á la accion lenta y persistente de las ideas y de los acontecimientos, y apenas se advierten en el trascurso de las generaciones. Esas transformaciones, por otra parte, cuando no son precipitadas ó auxiliadas por intervenciones violentas, guerras internacionales ó conquistas, se operan principalmente por el principio-ley, de imitacion, que impulsa á los individuos, en torno de los caracteres predominantes en el medio social. El carácter típico del americano ha sido y es el carácter dominante en los Estados-Unidos, y en la lucha incesante por la existencia es el que triunfa y prevalece. Así, la inmigracion que se dirige á ese país, y que cada año ha ido adquiriendo más vastas proporciones, elevándose á 600,000 próximamente en 1880, ha debido sufrir y ha sufrido más bien aquella influencia, siendo absorbida por el génio americano, en vez de figurar como poderoso factor de una transformacion que no se ha manifestado sensiblemente. No sería difícil hallar en las cartas de M. de Bacourt observaciones que corroboren esa conclusion. En esta misma carta nos demostrará que el carácter francés no ha cambiado; á pesar de la revolucion que destruyó instituciones, costumbres y creencias. ¿Qué decir del génio americano que, segun lo observa justamente la condesa de Mirabeau, en la in-

Reconozco pues, por verdadero, el retrato que hace M. de Tocqueville del habitante de la Nueva Inglaterra, del Yankee puro, y tambien el del habitante del Sud, del Virjiniano, del Georgiano, propietario de esclavos, y que vive en medio de la esclavitud de los negros.—Pero evidentemente, en los dos últimos volúmenes de su obra, publicados cinco años despues de su partida de los Estados-Unidos, se ve que la democracia americana no es ya sino un cuadro en que el autor ha querido hacer entrar ideas más ó ménos justas, reflexiones á veces nuevas, con mayor frecuencia bastante antiguas, sobre el estado moral y político de la Francia (1). Lo que, en mi opinion, perjudica la obra de M. de Tocqueville y le quita una parte de la importancia que él ha querido darle, es la comparacion que trata de establecer entre la democracia de los Estados-Unidos y la de la Francia. Me parece esta comparacion una habilidad sin trascendencia, pues los puntos fundamentales, esenciales, de comparacion, faltan ó difieren absolutamente. Así, para hablar ante todo de los Estados-Unidos, se sabe que deben el principio de su organizacion actual á una persecucion religiosa que ha empujado al continente americano á los puritanos ingleses y escoceses; que esos hombres, al establecerse aquí, han tomado por base de sus instituciones, los preceptos del Evangelio interpretados á su manera. Es esa la explicacion de la Constitucion americana actual, modificada, sea por el carácter particular de los Anglo-Americanos, sea por las instituciones provinciales y municipales que los puritanos trajeron consigo de la patria. Tomando ese hilo, á fin de guiarse en el exámen de la Constitucion americana, se halla fácilmente el camino para llegar á la época actual. Se observan sucesi-

roduccion de esta obra, no ha tenido que luchar contra ninguna preocupacion ó recuerdo monárquico, contra ningun partido, contra ninguna corriente contraria.

N. del T.

(1) La segunda parte de *La Democracia en América* no alcanzó el éxito de la primera. Espiritus eminentes la han juzgado sin embargo muy favorablemente. Ampère señala uno de sus capitulos como aquel en que M. de Tocqueville ha desplegado mayor sagacidad y profundidad, y como su titulo más singular á la admiracion de los hombres. Es el que trata de la influencia de las ideas democráticas sobre la sociedad política. Laboulaye considera esa misma parte como la obra maestra de Tocqueville. Para Gustavo de Beaumont, la segunda parte de la *Democracia* es «como esas minas cuya profundidad intimida y hace retroceder en un principio, y que, á medida que se las sondea, descubren sus tesoros y recompensan la labor del obrero».

N. del T.

vamente los cambios que produce el aumento de la poblacion; la necesidad de sacudir el yugo; la revolucion de 1776, que es su resultado; los esfuerzos de los hombres distinguidos que pugnan en vano por dirigir esta revolucion y atenuar sus malas consecuencias; mas tarde, la emigracion de las poblaciones irlandesas, alemanas, francesas; el cultivo y la civilizacion del Oeste; el desarrollo súbito y excesivo de las fortunas particulares por la creacion de los Bancos; por último, la ruina de esos Bancos, que ha arrastrado la de las fortunas privadas; y se llega así al estado actual, moral y político de los Estados-Unidos.—Se puede escribir volúmenes y comentar esos acontecimientos hasta el infinito; siempre se vendrá á esta consecuencia; que la mision de poblar y civilizar el continente americano, ha sido una mision providencial que ha cabido á la raza anglo-americana; que es un hecho aparte en la historia, y del que nada se puede deducir para el resto del mundo; que sus efectos no pueden ser sino transitorios y no pueden aplicarse sino á ese solo hecho, y que es inverosímil que, á medida que los Estados-Unidos se pueblen y se civilicen, vuelvan á entrar en la via comun á las demás naciones que han pasado por la tierra, conservando solo los rasgos particulares que corresponden á cada una de ellas, y hacen distinguir á un Ruso de un Inglés, á un Español de un Aleman.

Pero, ¿cómo podría compararse un estado de cosas semejante, con el de la Francia?—De la Francia, esta monarquía, la más antigua de la Europa, que, despues de haber atravesado el régimen del feudalismo, el del despotismo deslumbrante de Luis XIV y el del despotismo degradante de Luis XV, ha llegado al año 1789, en que la reforma radical de su constitucion se ha convertido en revolucion. Esta revolucion lo ha destruido todo es cierto, instituciones, costumbres, creencias; ella ha desquiciado la propiedad, pero, ¿ha modificado, tanto como se supone, el carácter nacional? Esa pasion de la igualdad que ha desarrollado en tan alto grado ¿no traiciona un designio de anonadar las clases superiores para suplantárlas, más bien que una voluntad razonada de igualar las condiciones humanas? ¿No tienen siempre los Franceses la misma inclinacion á distinguirse, la misma sed de gloria militar? Esa inclinacion por las distinciones, esa sed de gloria militar, no es otra cosa que la aficion de las superioridades en beneficio propio, y un sentimiento aristocrático que tiene un objeto personal. Cada uno quiere sobreponerse á sus semejantes: he ahí el secreto de las revoluciones.

La de 1789, queriendo destruirlo todo, no ha podido borrar la historia de los últimos diez y ocho siglos; no puede impedir que los recuerdos y las tradiciones se perpetúen; no puede evitar que la Francia, rodeada de otros países en que prevalecen todavía los sentimientos aristocráticos, no vea incesantemente en ellos ciertos puntos de comparacion, que, si escitan el ódio de los unos, estimulan tambien la ambicion de los otros.

Para reasumir, diré que el estado democrático que se nos dá como definitivo, no me parece sino un estado de transicion, y que, en todos los casos, no puede compararse el que existe en Estados-Unidos al de la Francia. La democracia americana marcha, en mi concepto, hácia demarcaciones aristocráticas, y talvez hácia una monarquía templada. (1) La democracia francesa marcha hácia no sé qué, pero, en mi opinion, mas bien hácia el despotismo que hácia la República. (2) Sea lo que sea, la igualdad absoluta de las condiciones es un sueño que no puede aplicarse en principio de una manera durable. Es contrario á la naturaleza de las cosas y con-

(1) Los acontecimientos, en su curso magestuoso, eslabonando el progreso en la tradicion y el porvenir con el pasado, demuestran cuanto más justa y clara era la vision de Tocqueville. El ilustre observador de las instituciones americanas temia que la Union no triunfase de las causas que la contrariaban. Todavía revelaba ese temor en 1853, y consideraba ese acontecimiento como una herida inferida á la humanidad entera, y como un momento muy solemne en la historia. Pero su conviccion se afirmaba respecto á la duracion de las instituciones republicanas. «Me parece, decia, que la República es el estado natural de los americanos; sólo la accion continua de causas contrarias, obrando siempre en el mismo sentido, podría sustituirle la monarquía.» Medio siglo ha trascurrido desde que escribia M. de Tocqueville, y la democracia americana, grande, unida y fuerte, se ha levantado y se levanta siempre, en medio de las tempestades políticas de la Europa, «como un faro inestinguible, proyectando sus rayos sobre el viejo continente»!

N. del T.

(2) Ocho años despues de esta carta de Mr. de Bacourt, «en presencia de Dios y del pueblo francés», la asamblea nacional proclamaba que la Francia se habia constituido en República democrática, una é indivisible, consagrando la soberania imprescriptible del pueblo, y estableciendo la delegacion temporal y la separacion de los poderes. Vino despues de 1818, el 2 de Diciembre de 1851 y de 1852 y se restableció «la dignidad imperial», con Luis Napoleon Bonaparte, arrastrada luego en la sangre y el fango de Sedan. Pero en medio de las tinieblas de la derrota y del infortunio, se levantó de nuevo «el faro inestinguible», y la Francia le tendió los brazos, proclamando de nuevo la República en 4 de Setiembre de 1870, que se mantiene á pesar de las protestas y elegias de los principes destronados.

N. del T.

trario á la naturaleza humana; el rico es un aristócrata para el pobre; el sábio lo es para el ignorante; el hombre fuerte para el hombre débil; y no veo réjimen igualitario posible, fuera de una nacion compuesta de ciudadanos pobres, débiles é ignorantes, bajo un nivel comun; eso no sería ya entonces una nacion; sería una reunion, una aglomeracion de esclavos que no tardarían en ser la presa de sus vecinos (1).

XXXVIII

New-York, 23 Agosto 1840,

Habiendo establecido en esta ciudad mi cuartel general por todo el tiempo de los grandes calores, me he hecho recibir del Club, á fin de estudiar más cómodamente el carácter de las gentes en medio de las cuales estoy condenado á vivir; además, puedo comer más tranquilamente en ese sitio que en otra parte.

Fuí á recorrer anteaayer, con M. de Menou, en una de las extremidades de New-York, un barrio que debia ser el más hermoso de la ciudad, pero cuyas construcciones quedaron suspendidas á causa de la crisis financiera que desde hace cuatro años pesa sobre este país. Es curioso ver todos esos edificios incompletos; se diría que el trabajo ha sido paralizado repentinamente por la varilla de un maligno encantador. Terminadas esas casas, serán más grandes pero no más lindas que las de los otros barrios; son siempre los mismos ladrillos rojos; las mismas persianas verdes y las mismas puertas blancas; el conjunto es realmente feo. Hago apenas escepcion de la Universidad, de arquitectura gótica y del Washington-square, que son ménos malos que los demás. Y sin embargo—qué partido hubiera podido sacarse de una ciudad colocada entre dos ríos, que casi siempre se descubren, á derecha é izquierda, á la extremidad de cada calle! Es una situacion única y admirable! Y ni una curiosidad que observar; ni un monumento que pueda citarse (2).

(1) Se desliza un sofisma en este concepto. La democracia no busca la igualdad de las condiciones naturales, ó hacer desaparecer las infinitas variedades de la organizacion social. La igualdad no es la nivelacion. Aquella no consiste sino en la proteccion ó en la garantía comun de la ley, que tiende á hacer efectivo el goce de los derechos de todos, sin obstar á que cada uno se agite, luche, sucumba ó triunfe, en la batalla de la vida, segun sus fuerzas, sus aptitudes ó su fortuna. Es comun pretender desvirtuar una doctrina adulterándola ó interpretándola falsamente.

N. del T.

(2) M. de Bacourt hubiera querido ser el encantador que, con su varilla má-

Encontré ayer en la bateria al baron de Mareshall, que había llegado la víspera, y al conde de Colombiano, encargado de negocios de Cerdeña, uno de mis colegas á quien no conocía aun; es como yo achacoso, y reside en Washington lo ménos que puede; me ha parecido agradable y bien educado. Nos paseamos, viendo venir una magnífica tormenta: el horizonte se oscurecia progresivamente, y al fin, la bahía quedó envuelta en una profunda oscuridad, abrasada de tiempo en tiempo por relámpagos que se asemejaban más bien á erupciones volcánicas que á nuestros pobres y pequeños relámpagos de Europa. Volvimos á nuestra casa al ruido formidable del trueno americano, esperando frescura para hoy; pero nada de eso, y yo mismo, por el contrario, hice conocimiento la última noche con los mosquitos, que no emprenden su vuelo sino en los calores excesivos; me han perseguido sin descanso (1).

Ví el suntuoso vapor *The President*, cuyo puente tiene tres cientos piés de longitud, pero cuyas *accommodations* interiores están léjos de valer las del *Great Western*. Si regreso á Europa, no será de cierto sino en un buque inglés; la avaricia de los Americanos y la negligencia de los Franceses, no ofrecen á los pasajeros ni comodidad, ni seguridad.

He visto tambien aquí algo muy curioso: es un artista que hace retratos por el daguerreotipo; el resultado es atroz, y no dá sino las facciones, sin ninguna expresion ni sombras; puede decirse que es el esqueleto del rostro, negro y horroroso; no es ménos cierto por eso que esa reproduccion fijada sobre un cristal es una inven-

gica, transformase de súbito la fisonomia de la gran ciudad comercial, llamada á tan portentoso desarrollo; obedeciendo á su preocupacion, hubiera trasladado allí á Paris, con sus gustos artisticos, sus costumbres, sus caractéres, su jovialidad, su elegancia, su aristocracia, su espiritu expansivo y deslumbrador.... Librenos Dios de encantadores!

N. del T.

(1) En el Alto Canadá, region de los grandes lagos, los mosquitos forman nubes, semejantes á las de langostas, y los ganados pasan una parte del año en el agua, dejando descubierto solo el hocico, para escapar á los estiletos de esa legion formidable. Recuérdase una escena de los Bajos Alpes. A las dos de la tarde se oyó en Cevennes un ruido sordo y monótono, semejante al que produce una tormenta lejana. Buscando la esplicacion de ese fenómeno, notaron unos labradores del lugar una espesa niebla que cruzaba el espacio á dos kilómetros de distancia. Acercándose observaron que era una columna espesa de mosquitos de 1500 metros de longitud!

Consolémonos los que aquí soportamos tambien esa plaga que se reproduce con asombrosa fecundidad.

N. del T.

cion extraña y si llegara á perfeccionarse, sería una invencion útil; los retratos, consuelo de la ausencia, estarían entonces probablemente al alcance de todos los bolsillos. Nos hicimos *sacar*, según la espresion empleada, M. Mollien y yo; estamos espantosos, y parecemos ancianos de cien años; la operacion duró apenas cinco minutos (1).

XXXIX

New-York, 29 Agosto 1810.

Partí ayer á las nueve de la mañana con M. de la Forest para Roccaway, los baños de mar más á la moda en este país. Despues de haber cruzado en chata el rio del Este, desembarcamos en Brooklyn-city, una de las ciudades delineadas, y en la que solo algunas casas se han edificado, habiéndose suspendido el resto á causa de los desastres financieros (2). Brooklyn está en frente de New-York, en la isla de Long-Island; tomamos allí el ferro-carril, y llegamos en una hora, á través de una linda colina cubierta de arboleda, á una preciosa poblacion, Jamasia, destinada tambien á ser una ciudad; el rail-road, que no está terminado, llega solo hasta allí, y nos vimos obligados á hacer todavía ocho millas, en una mala diabla, en medio de un terreno cenagoso, enteramente salvaje, ántes de llegar al pabellon de Roccaway.

Este pabellon, construido á orillas del Océano contiene *accomodations* para cien personas; la playa es desnuda, triste, monótona; ni un árbol, ni un arbusto; los baños están mal organizados, y la casa es inhabilitable; tales son los *Watering places* tan ponderados! Me ha sido necesario sufrir una masa enorme de nuevas rela-

(1) Hacía un año que el pintor Daguerre, siguiendo sus investigaciones, despues de haber mejorado el sistema de Niepce, habia imaginado su fotografia de mercurio, que probablemente no se aplicaba todavía en New-York, en 1810. Hoy se ha hecho algo más que perfeccionar antiguos sistemas. El daguerreotipo se ha abandonado casi universalmente y la fotografia ha resuelto problemas que parecían insolubles.

N. del T.

(2) Brooklyn es hoy la tercera ciudad de los Estados-Unidos, en poblacion, siendo la primera Nueva-York y la segunda Filadelfia—Cuenta Brooklyn 566.689 habitantes, y en crecimiento en las últimas décadas ha escedido de 175 por ciento. No hay ejemplo de un desarrollo igual fuera de los Estados-Unidos, y en esta Nacion solo le supera Chicago, cuyo crecimiento en igual tiempo ha pasado del 270 por ciento!

N. del T.

ciones, entre otras la señora Cigogne, cuyo ridículo nombre os he dado ya, y su hija, la señorita Adela Cigogne, criollas de Santo Domingo que emigraron á los Estados-Unidos, cuando tuvo lugar la revuelta de la isla; fundaron en Filadelfia, como creo habérselo dicho ya, un colegio de señoritas, que goza de fama. La señorita Cigogne tendrá cincuenta años; es notablemente bella todavía; une á sus facciones, muy puras y regulares, la espresion vivaz de las criollas; además de eso, una grande espiritualidad. Se dice que el amor ha influido fuertemente en ella, y todo en esta hermosa mujer hace creer que se dice verdad. Parece que ha tenido una gran passion por un Español del Sud, que despues de haber puesto á prueba su afeccion, le habia prometido matrimonio. Pero, habiéndosele hecho Presidente de la República, olvidó sus juramentos y contrajo una nueva alianza (1). La señorita Cigogne quedó inconsolable. Estas señoras me han pedido con instancia que vaya á verlas á Filadelfia, lo que haré con tanto mayor placer cuanto que esta arrogante solterona es una de las mujeres mas agradables que haya encontrado jamás.

El conde de Grasse se hizo presentar á mí como legitimista; es hijo del almirante de Grasse; su hermana se casó con un señor de Pau, cuya hija es la señora Mortimer Livingston y cuyo hijo se unió á la señorita Thorn. Conocí tambien al señor y á la señora Mortimer Livingston, ésta de espresion distinguida y melancólica, y á la señora Davies, de Filadelfia, fea hasta hacer disparar, pero intelijente y artista.

Ví, en fin, á madame Gerónimo Bonaparte,— miss Patterson — gruesa señora, cuyo rostro ha conservado los restos de una maravillosa hermosura, pero cuya mirada carece completamente de espresion; diríase un modelo de taller en yeso, inflado. Se le considera una buena señora, y yo la proclamo mortalmente fastidiosa; llega de Paris y me ha hablado de los Pontécoulant como de sus íntimos amigos.

(1) El Español del Sud, á que se refiere M. de Bacourt, no puede ser sino un Sud-Americano, dado el apéndice de la Presidencia. Luego, el lector tiene que ejercitar aquí su ingenio y revolver antecedentes para indagar quien ha podido ser ese perdido ciudadano de la América del Sud, que tan mal iniciaba su magistratura, dejando al pié de la eminencia á que se encumbraba, desgarrado el corazon de la señorita Cigogne. Acaso en el pecado llevó la penitencia, y huyendo de la divinidad mitológica que representaba la paz y la concordia entre los griegos y los egipcios, se haya rendido ante alguna otra, de garras fuertes, de pico encorbado y resistente, y de canto lúgubre y monótono.

N. del T.

A las dos, nos pusimos á una mesa de ciento veinte cubiertos, y despues de la comida, las señoras tomaron parte en el juego de bolos establecido bajo un cobertizo cerrado de tres lados. Vi entonces un singular espectáculo: los *gentlemen* se despojaron de sus levitas y de sus chalecos, y se pusieron, en tal traje, á jugar con esas señoras que no parecian en manera alguna chocadas de ello, ni del uso de sus cigarros, cuyo humo recibian en pleno rostro. Una jóven que pasa por una de las principales bellezas de New-York, y cantatriz aficionada de reputacion, se hacia notar por su andar libre y sus modales con los *gentlemen* en mangas de camisa. No me he acostumbrado todavía á todo eso.

Fanny Elssler dió su última representacion en New-York; en «su beneficio.» Al fin del espectáculo dirigió al auditorio un *speech* en inglés que tuvo un éxito prodigioso. Creo que jamás vencedor alguno, despues de la victoria fué en ningun tiempo aclamado como ella.

XI.

New-York, 2 Setiembre 1840.

Me embarqué ayer á las siete de la mañana para ir á ver en Newis á M. Hamilton, quien me esperaba al descender del vapor, y me llevó á su casa, situada en una altura, donde llegó á las diez. Es una linda habitacion, distribuida y amueblada á la inglesa, pero construida en madera, lo que no debe ser muy abrigado en la mala estacion. La vista es hechicera: abraza treinta millas del Hudson, magnífico rio que tiene frente á Newis, tres millas de ancho; rocas á pique que se llaman las Palizadas bordan durante ocho millas la ribera opuesta; el Hudson está cubierto de embarcaciones de todo género: buques á vapor y velas blancas; cierran el horizonte por todos lados montañas poco elevadas y risueñas, llenas de arboledas y sembradas de granjas, rodeadas de flores. Se compara frecuentemente el Hudson con el Rhin; el primero lo aventaja por la anchura y la majestad de su curso, pero el segundo, rico de tradiciones de que carece el otro, debe conservarse orgulloso de sus ruinas feudales.

M. Hamilton me presentó á su esposa y sus cuatro hijas: la mayor se llama la señora Shugler; es fea; habla bien el francés; la segunda, la señora Bowdwin, no pronunció una palabra en ninguna lengua y me miró constantemente; la tercera, miss Mary,

es igualmente silenciosa; la cuarta, miss Anjélica, es viva, animada y graciosa; total, con Alejandrino, á quien conocéis, es una familia agradable; me han colmado de atenciones y me felicitaré de volver á verla en Washington, donde cuenta pasar dos meses del invierno próximo.

Despues del thó matinal, me llevó M. Hamilton á casa de las señoras Jones, sus vecinas, que nos guiaron á la estremidad de su parque y de allí á la residencia de M. Washington Irving á quien M. Hamilton queria invitar á comer conmigo, pero acababa de partir para New-York. M. Irving es soltero, y tiene á su lado cuatro sobrinas que nos recibieron; ninguna de ellas es linda, pero sus fisonomías y maneras son simpáticas. La casa es preciosa: es Hollandhouse en miniatura: plantas trepadoras *outside* (1); libros y bellezas *inside* (2). Volvimos á Newis á pié, á lo largo de un collado cubierto de arboledas, por un camino en forma de corniza suspendida sobre el Hudson. Olvidaba decir que Washington Irving es actualmente el literato de más nombre en los Estados- Unidos; me hubiese sido agradable verlo.

A las dos nos sirvieron una buena comida, y á las cuatro dejé á Newis y á mis amables huéspedes.

XLI

Boston, 5 Setiembre 1840.

Salí anteayer, á las seis de la mañana, de New-York, con M. de la Forest y dos de las señoritas J. . . ; una es la nueva futura de nuestro cónsul, y la otra debo casarse tambien próximamente. El vapor nos trasportó por el rio del Este hasta New-Haven, donde llegamos á la una; tomamos inmediatamente el *rail-road*, y dos horas despues estábamos en Hartford, nuestra primera posada. Despues de la comida, recorrimos la ciudad donde se halla un roble que tiene quinientos años, segun se dice; es hucco, y se ocultó en el, hace doscientos años, una carta dada por el rey de Inglaterra que quiso retirarla mas tarde. El árbol es llamado *the charter oak* (3). He guardado un carozo de él. Hartford es una de las ciudades científicas de los Estados- Unidos; su universidad es considerada; hay tambien una muy célebre en New-Haven; la ter-

(1) Al exterior.

(2) En el interior.

(3) El roble de la carta real.

cera está en Cambridge, á una milla de Boston. Los Estados de más antigua fundacion son los que cultivan más las ciencias. New-Haven y Hartford son las dos capitales del Estado de Connecticut, uno de los más ricos y más adelantados de la Nueva Inglaterra; las Cámaras del Estado se reunen alternativamente en una ú otra ciudad (1).

Visitamos una casa de dementes admirablemente atendida: una loca me preguntó de donde venía, y al responderle que iba de New-York, me dijo con un acento melancólico. *I know it but I am for ever on of he world* (2). El médico me dijo sin embargo que estaba en vía de curacion.

Salimos de Hartford ayer á las ocho de la mañana por *stage* (3); era la primera vez que usaba en América de ese medio de transporte que apenas vale más aquí que en Francia; el territorio que hemos atravesado es lindísimo y recordaría á la Inglaterra si estuviere poblado; despues de haber pasado sin detenernos por lugares llamados Berlin, Windsor, Grafton y Newton, llegamos á Springfield, donde comimos; en seguida, un *rail-road* magnífico nos hizo hacer noventa millas en cinco horas, atravesando un territorio bien cultivado. Una hermosa puesta de sol nos permitió gozar de la espléndida vista de Boston; la ciudad, edificada en anfiteatro, se extiende á orillas del mar; cuenta ciento veinte mil habitantes, comprendiendo en ese número las cuatro ó cinco pequeñas poblaciones que dependen de ella y que se llaman Brooklin, Cambridge, Charlestown, etc., (4). Boston es la ciudad más antigua de los

(1) El Estado de Connecticut, tiene por el censo de 1833, 622,683 habitantes; New-Haven cuenta 62,832; Hartford, 42,553. Habia en 1870 en el Estado tres universidades, varios institutos ó escuelas teológicas, 25 academias, gran número de *high schools*, 1,615 escuelas de distritos, una Escuela normal.

N. del T.

(2) *Lo sé; sin embargo yo estoy para siempre fuera del mundo.*

(3) *Diligencia.*

(4) La ciudad de Boston, con las poblaciones citadas, refundidas en ella, tiene actualmente 137,069 habitantes. Su comercio es considerable. El Estado de Massachusetts del que es capital, tiene en una superficie de 20,202 kilómetros, (la décima parte de la Provincia de Buenos Aires) 1.783,012 habitantes, lo que da 88,3 habitantes por kilómetro cuadrado. La propiedad imponible del Estado, real y personal, escude de 1.600,000,000 de dollars; su renta de 7.000,000. Hay 4,005 kilómetros de vías férreas en explotacion. Cuenta 91,083 telares sólo para las manufacturas de algodón, cuyo número llega casi á la mitad del total de telares que se hallan en todo el territorio de la Union; emplea anualmente 4,465,200 canillas ó devanadoras, 578,500 balas de algodón y 62,791 obreros.

N. del T.

Estados-Unidos; fué fundada hace doscientos años; así las calles son más estrechas y las casas más altas que en las ciudades recientemente edificadas; es una bella ciudad á la inglesa.

El Cónsul de Francia, M. Isnard, á quien se habia anunciado mi llegada, me habia retenido felizmente dos habitaciones, sin lo que hubiese sido imposible procurárselas, pues un *meeting* político contra M. Van Buren, que debe tener lugar el 10 de este mes, atrae aquí más de sesenta mil extranjeros. Fanny Elssler y el indispensable Wickoff están alojados en la misma hospedería que nosotros. Estoy destinado á encontrarlos en todas partes.

XLII

Boston, 6 Setiembre 1840.

No ha cesado de llover ayer durante todo el día. Las niñas F... han leído y trabajado desde la mañana hasta la tarde; son bien educadas y *not too much troublesome* (1). Fuimos, M. de la Forest y yo, á hacer una visita á la señorita Elssler, que estaba *very anxious* con motivo de su primera representacion, que tiene lugar mañana. El cuerpo de baile y los músicos de Boston están, á lo que parece, muy atrasados y no pudieron ensayar en la noche de ayer ni podian hacerlo en el día de hoy, á causa de la severidad puritana del domingo.

Aproveché un momento que aclaró el cielo para ir á ver *the state house* (2), gran edificio en el que se reunen el Senado y la Cámara de Representantes del Estado de Massachusetts, cuya capital es Boston. De lo alto de la cúpula de ese edificio se tiene un magnífico panorama de Boston y sus inmediaciones; esta ciudad está situada en una península, rodeada de todos lados por el mar y ligada por puentes y diques en distintas partes del continente, donde se estienden especies de arrabales: primero South Boston, que encierra fábricas y establecimientos públicos; despues Cambridge, donde se halla Harvard College (3), la más célebre universi-

(1) *Y no demasiado molestas.*

(2) *La casa de Estado.*

(3) Salvamos un error del original francés en la designacion de la Universidad de Cambridge. Esta es la Universidad más antigua de la América del Norte. Su biblioteca, la más rica despues de la de Yale, en New-Haven, posee actualmente ciento ochenta mil volúmenes distribuidos en sus diversas secciones ó facultades. No es ya, sin embargo, la que tiene mayor número de alumnos, aun cuando éste se elevaba en 1863 á 1020, comprendiendo sus diversas aulas.

dad de los Estados-Unidos, con seiscientos alumnos; Charlestown, donde están la prision de Estado, el hospicio de dementes, el *navy gard*, y *Bunker's Hills*, monumento elevado en memoria de una victoria obtenida sobre los ingleses el 17 de Junio de 1776. Hay en Boston un número considerable de almacenes, depósitos y tiendas; muelles á los cuales abordan innumerables buques de todas partes del mundo y cuatro vías férreas. En el centro de la ciudad se halla un magnífico paseo, con hermosa arboleda, y cerca de allí un jardín botánico naciente, cuyo terreno se disputa al mar. Las casas que rodean este paseo están edificadas en granito, y en varias calles los *area* están llenos de flores. En fin, para completar el encanto de esta ciudad, no se vé en ella, como en otras ciudades de los Estados-Unidos, que circulen los cerdos libremente en las calles. Es cierto que aquí todo el conjunto es más selecto que en otras partes; la sociedad se compone de una especie de aristocracia financiera bien educada, religiosa y honesta; se cuentan cincuenta y dos iglesias en la ciudad y los arrabales, de las cuales cuatro son católicas. El mercado es atendido con un cuidado y un lujo notables; tiene un cuarto de milla de largo; se calienta y alumbra á gas, y *las damas del mercado* se visten con cierta elegancia.

XLIII

Boston, 7 Setiembre 1840.

El tiempo ha pasado de un calor extremo á la helada. Visitamos ayer el *Mount Auburn Cemetery*, que recuerda el *Père-Lachaise*; eso cementerio está adornado de árboles magestuosos y de lindas avenidas; todas llevan el nombre de la especie de árboles de que están pobladas: *Cedar avenue*, *Poplar avenue*, *Azelia avenue*;

Eso se explica bien por el número considerable de escuelas científicas y de universidades creadas posteriormente y por los mismos progresos de la instruccion y de la educacion, que han acompañado el desarrollo de la poblacion y de la riqueza, y que han transformado notablemente las condiciones de la enseñanza, en un principio puramente clásica, de los Estados-Unidos. « Al lado de las cátedras de literatura, de historia y de filosofía, dice Hippéau, que hicieron la gloria de las célebres universidades de New-Haven, de Cambridge, de New-York y de Philadelphie, las ciencias matemáticas, físicas y naturales, vinieron sucesivamente á ocupar el puesto y la importancia que han conquistado en el mundo moderno. » En 1869 la universidad de Cambridge solo contaba 479 alumnos, mientras le aventajaba la de Michigan con 1225, la de Oberlin, en Ohio, con 1136, y diez universidades más, en diferentes Estados.

N. del T.

las tumbas á la derecha y á la izquierda están alineadas como casas en una calle; observé la de Spurzhein, el discípulo de Gall, muerto en Boston, en 1832 (1).

Al salir del cementerio, nos dirigimos á *Iresh Pond*, que se asemeja al estanque de Saint-Gratien, en el valle de Montmorency, y de allí, á la universidad que se llama *Howard College*, por haber sido su fundador un señor *Howard* (2). Aquí casi todos los establecimientos públicos son debidos á la iniciativa de ricos particulares; es tambien uno de los rasgos honorables del yankee, cuya caridad no está exenta sin embargo de ostentacion (3). La universidad

(1) Gaspar Spurzhein, oriundo de la Alemania, habia recorrido su pais y una parte de la Europa para divulgar la excelencia de la doctrina frenológica. Su entusiasmo y su fervor por el maestro y la teoria, que amplió y modificó, le llevaron tambien á los Estados-Unidos, donde sucumbió á una enfermedad violenta.

N. del T.

(2) Vuelve á incurrirse en un error ántes subsanado. La universidad se llama *Harvard College*. Fué fundada en 1612, bajo la base de un legado hecho por el pastor Harvard, quien de esa manera, como tantos otros benefactores de las instituciones de enseñanza y de educacion, ha puesto su nombre bajo el patrocinio de la infancia, perpétuamente renovada, que no lo dejará morir, y lo recomendará siempre al amor de la posteridad.

N. del T.

(3) Es una de las grandes virtudes y la calidad más simpática y característica del pueblo americano. La generosidad y la abnegacion de que brotan ejemplos de todas partes, tratándose de la cultura intelectual y moral del pueblo, asombran y deslumbran. Ciertos autores, estudiando esa faz magnífica de la sociedad norte-americana, creen descubrir la fuente de esos sacrificios en el patriotismo y en el sentimiento cristiano. Nos parece, de todos modos, y aun en su ostentacion, que esos ejemplos son los que más honran y enaltecen á la humanidad. Es una emulacion grandiosa, inspirada y estimulada por una conviccion irresistible y santa. Se tiene prisa en levantar escuelas para no tener que agrandar las cárceles; ó que recurrir á la organizacion de los ejércitos, para evitar que se debilita y decline la tuerza y la calidad de la produccion; ó que peligren las instituciones que reclaman á cada paso la aptitud y la inteligencia de los ciudadanos; para ir mejorando, en fin, cada dia, la obra indefinida del perfeccionamiento social, que se detendría ó retrocedería el dia que se abandonase la tarea de recibir, á la puerta de la escuela, las legiones de niños, obreros del porvenir, que vienen á pedir, entre tanto, el alimento de la instruccion, para crecer y reemplazar á sus mayores en el fecundo taller de la industria humana.

Ese gran sentimiento de solidaridad, esa penetracion de la verdad, esa conciencia clara del bien y del progreso, señalan á la vez el camino de las puras y legítimas glorias á que puede con mayor razon aspirar el hombre, é influyen tal vez en esos actos de magnánimo desprendimiento, con los cuales un americano está seguro de inmortalizar su nombre mejor que si lo grabara en el mármol, frió de los monumentos soberbios con que se quiere perpetuar la grandeza de los conquistadores militares en los pueblos sojuzgados ó deslumbrados por una falsa gloria.

ocupa una gran estension de terreno, las construcciones son bellas y los jardines encantadores.

Nos trasladamos en seguida á la parte de la ciudad, que se llama Charlestown; en ella es donde ha empezado á elevarse de Bunker' Hisse, en el mismo sitio en que, al principio de la guerra de la independencia, trescientos americanos se defendieron durante doce horas contra diez mil ingleses. El monumento debe componerse sencillamente de un obelisco en granito, en medio de un prado de donde se goza de una admirable vista; por falta de fondos se ha suspendido la obra, quedando el obelisco al tercio de su altura, pero en estos dias debe tener lugar un meeting de *american ladies*, con el objeto de proveer á su coronamiento. No lejos de ese sitio se hallaba el convento de los Benedictinos, que el populacho de Boston forzó, saqueó y quemó hace tres años, por la simple curiosidad de ver lo que pasaba dentro, y movido por relatos absurdos. A consecuencia de este suceso, el obispo de Boston reconcentró á los religiosos en su casa principal del Canadá; más tarde reclamó una indemnizacion de la ciudad de Boston y de la Legislatura de Massachusetts; en vista de la negativa que recibió, declaró que dejaría subsistir las ruinas en el estado en que se hallaban; el terreno pertenece al culto católico, y estaba en su derecho, pero esa resolucion atormenta sobremanera á los protestantes, pues todos los extranjerros, asombrados de ver esas ruinas, piden una esplicacion al respecto.

Despues de la comida he dado un pasco por las calles, que, á causa del domingo, estaban casi desiertas; sin embargo, las cadenas que en otro tiempo cerraban todas las salidas para impedir que circularan los carruajes el domingo, no se tienden ya sinó en de-

Así comprendemos á los Cornell, los Peabody, los Astor, los Chandler, los Thayer, los Pardée, los Vassar, los Putnan, los Bussey, los Philips, los Walker y tantos otros filántropos y protectores de las escuelas y universidades de la Union. Uno solo de ellos, Peabody, donó más de siete millones de pesos fuertes para instituciones de educacion y de caridad. Garfield, el malogrado Presidente de los Estados-Unidos, apreciaba en cincuenta millones de dollars las donaciones particulares que se habian hecho en su país con destino únicamente á la instruccion. « Si se escribiese una historia completa de las donaciones hechas á la enseñanza en Estados-Unidos, dice Laveleye, nada seria más honorable para la América ni más instructivo para la Europa. » “ No puede dejar de espermentarse, dice tambien Hippéau, una viva admiracion por una sociedad que dá así á las naciones, que todo lo piden á la iniciativa de sus gobiernos, el ejemplo de lo que pueden hacer las que todo lo deben á la iniciativa de los ciudadanos. ”

N. del T.

redor de las iglesias. En Boston se observa la mayor limpieza; es prohibido depositar el menor desperdicio en la vía pública; se tienen en el interior de las casas, de donde los hace sacar á su costo cada mañana la administracion municipal; en fin, se impone una multa de veinte y cinco francos á los que fuman en las calles.

XLIV

Boston, 10 Setiembre 1840.

El único defecto de Boston, á mis ojos, pero defecto grande, consiste en que la poblacion de esta ciudad culta é interesante, detesta á los franceses, y lo que es peor, los menosprecia; los bostonianos han conservado contra la Francia las preocupaciones inveteradas de los ingleses de hace dos siglos, y á la larga eso hará aquí insoportable mi residencia:

Fuimos á Salem (1), lindo puertecito de mar, cerca del cual desembarcaron los primeros peregrinos del tiempo de Cárlos I, al venir á América; toda la costa está crizada de rocas. Hay en Salem un museo marítimo, formado desde hace cuarenta años, por un club cuyos miembros todos deben justificar que han doblado el Cabo de Hornos y el Cabo de Buena Esperanza; de donde resulta que casi todos son capitanes de buque; se comprometen á traer un objeto antiguo en cualquiera de sus viajes y á depositarlo en el club; así es que se ha llenado el museo.

Las damas de Boston abren hoy un bazar cuyo producto se destina á completar el monumento de *Bunker's Hisse*. Un « señor » ha donado á ese bazar una tabaquera, que pretende haber comprado en la venta del príncipe de Talleyrand, en París; es una mala caja de Brunswick, gastada, y que ha servido prodigiosamente. Se proponen comprarla para ofrecerla á un viejo mayor Russell, que tiene ochenta años y que dice haber tenido estrecha relacion con M. de Talleyrand; no he querido quitar su valor á esa caja, diciendo que M. de Talleyrand no tomaba rapé.

XLV

New-York, 11 Setiembre 1840.

Llegamos ayer á medio dia, por el *rail road*, á Providence, ca-

(1) Salem es hoy una ciudad de 27,563 habitantes.

N. del T.

del Este; contiene en este momento trescientos hombres y cuatrocientas mujeres que trabajan poco; es más bien una casa de mejoramiento que de corrección; diez y seis guardianes bastan para imponer respeto á esos siete ú ochocientos prisioneros. El hombre que me dirigía no dejó de decirme, como buen Americano, que entre nosotros se necesitaría un regimiento de línea para contener á todos esos condenados; me había afirmado que la casi totalidad de esos malhechores eran alemanes, y se halló bastante confuso al ver que aquellos á quienes dirigía la palabra en su pretendido dialecto no me comprendían, y me decían en inglés que eran americanos. Mi conductor me confió que las mujeres eran mucho más difíciles de gobernar que los hombres; ensayan el poder de sus encantos sobre sus carceleros; tienen todas horribles caras de mujeres de mala vida en quienes el vicio está mucho más acentuado que en Europa; el buen doctor Benit, á quien había llevado conmigo, las examinaba bajo el punto de vista frenológico con vivísimo interés.

XLVII

Filadelfia, 21 Setiembre 1840.

Partimos de New-York el 19 en un gran vapor que nos condujo á South Amboy, donde tomamos un ferrocarril que nos trasladó á Bordentown, sobre el Delaware; á la entrada de esta linda y pequeña población es donde se halla la propiedad de José Bonaparte. Descendiendo el Delaware, el *steamboat* nos trajo á Filadelfia, pasando por Bristol en el Estado de Pensilvania y Burlington en el Estado de New-Jersey.

Al día siguiente de mi llegada á esta ciudad, comí en casa de nuestro Cónsul, M. d'Hauterive; no estaban presentes sinó él, su esposa, y un doctor Laroche, criollo de Santo Domingo y sobrino de la señora Cigogne. Madame d'Hauterive parece ser una mujer-cita dulce y buena; educada en el Sagrado Corazón de París, casi no me ha hablado sinó de monseñor de Dúchen, de madame de Marbœuf y de madame de Gramont. Después de la comida fuimos juntos á visitar á la señora Cigogne, cuya casa tiene muy buen aspecto; es muy original ver una maestra de escuela establecida é instalada de esta manera. Refiriéronse, durante la velada, anécdotas divertidas sobre los cuáqueros; estas señoras no son muy mogigatas.

He visto la Bolsa, curiosa por su distribución; hay en ella un gran salón donde se hallan diarios de todas partes del mundo; todo tiene aquí un aspecto más distinguido que en New-York.

Acompañado de M. d'Hauterive, fui á ver, á tres millas de la ciudad, en el río Shuylkill, un dique con ayuda del cual y por medio de un admirable mecanismo, se eleva el agua á los depósitos que proveen de ella á Filadelfia, á donde se lleva por tubos de hierro, distribuyéndose en cada casa, es una obra de arte soberbia, ejecutada de una manera grandiosa.

A una distancia algo mayor, visitamos las construcciones del Colegio Girard. Girard, obrero de Bordeaux, que realizó una inmensa fortuna, legó al morir una suma de treinta millones de francos para obras de embellecimiento en la ciudad de Filadelfia, y trazó él mismo el plan de ese colegio que debe edificarse todo él en mármol blanco; fijó todos los detalles bajo pena de nulidad del legado si no eran ejecutados exactamente. (1)

Ese mismo día vimos además el *Laurel Hill Cemetery*, cuyo aspecto nada tiene de severo ni de religioso; se asemeja á un jardín preparado para fiestas públicas.

He recorrido los bazares de Filadelfia, tan bien abastecidos como los de Londres y de París; abundan en ellos magníficas porcelanas de China, antiguas.

Me han presentado á dos ancianos muy interesantes. M. de Ponceau, que tiene ochenta y cuatro años, es sordo y ciego, pero refiere con infinita gracia y volubilidad las cosas más divertidas, y M. Vaughan, hombrerito de ochenta años, que no cree tener sino cuarenta, y que, según se dice, logra hacérselo creer á las damas. Verde y galante!

Visité la institución de los ciegos, dirigida por procedimientos franceses y alemanes, y perfectamente atendida. El director creyó honrarme haciendo ejecutar por sus ciegos la *Marsellesa* á mi entrada en su salón; la tocaron tan bien, que confieso tuve placer en oírla. Se encuentra allí un joven educado en París, y que ha pedido hospitalidad en esta casa. Vino hace ocho años á los Estados-Unidos para hacer fortuna, y lo conseguirá, parece, á pesar de su ceguera; trabaja en un establecimiento comercial á orillas del Mississippi, y se halla momentáneamente aquí por asuntos de su casa. Me ha interesado mucho este pobre joven, y me ha divertido también refiriéndome sus esfuerzos por impedir que el director hiciese ejecutar la *Marsellesa*.

(1) Este filántropo francés se llamaba Estévan Girard. La suma que legó para la fundación del colegio de huérfanos que lleva su nombre, y donde se educan 497 alumnos, fué de 10.000.000 de francos, ó sean 2.000.000 de pesos fuertes.

El doctor Benit está en éxtasis desde nuestra visita al *Pensylvania Hospital*, fundado por Penn; se reciben en él, en tres cuerpitos de edificios diferentes, los heridos, las mujeres de parto y los locos. Todo está atendido con un esmero desconocido en Europa; las camas brillan por su limpieza; los trajes de los enfermos son elegantes, el lienzo finísimo; hay alfombras en todas las habitaciones y aun en las escaleras; el aire renovado está además embalsamado por perfumes suaves y gratos. Se instalaría uno con gusto allí para pasarlo agradablemente. Hallé entre los dementes un francés, el capitán Poirier, caballero de San Luis, oficial de la Legión de Honor; sirvió en el 35 de línea, donde militaba en otro tiempo mi hermano; cuando yo se lo nombré, lo recordó perfectamente y conversó conmigo durante un cuarto de hora de una manera muy razonable; habiendo sido sospechado durante la Restauración de mantener relaciones con los conspiradores, y puesto á medio sueldo, se vino inmediatamente á un país libre para lamentarse cómodamente de su patria; se exaltó tanto en su papel de víctima, que su cabeza se trastornó, y que el Cónsul de Francia se vió obligado á hacerlo encerrar en esta casa de alienados, donde el gobierno francés paga desde hace siete años su pensión.

XLVIII

Filadelfia, 26 Setiembre 1810.

Me levanté anteayer muy temprano para ver en gran actividad el soberbio mercado de High Street, que tiene una milla de longitud; está techado y reina en él un orden admirable; casi todos nuestros frutos y legumbres de Europa se hallan al lado de los frutos y legumbres de América. Los duraznos, de un tamaño prodigioso, no son tan buenos como los nuestros; en los jardines, cultivados con poco cuidado, todo está en abundancia y á un precio ínfimo. Se ven muchos más hombres que mujeres haciendo las adquisiciones de víveres; en Estados-Unidos las buenas mujeres casadas de la clase media se conservan en su casa lo más posible y no confían á sus ayudantes, como se llama á los sirvientes, el cuidado de manejar el dinero de la casa, de modo que se vé hombres perfectamente vestidos y que llevan en una mano un pañuelo de legumbres y en la otra un pernil por el cabo.

Almorcé con mis dos amables ancianos; se conversó del tiempo pasado y de las guerras de América, en la que ambos tomaron una

parte activa. El anciano Vaughan, secretario de la legación de Franklin, fué presentado á la reina María Antonieta; las damas de Versalles exclamaban con asombro: « Ah! se visten como en Francia! » Sin duda esperaban ver hurones. Me mostraron la biblioteca del Athenoum, en medio de la cual viven, y me prometieron darme una carta de Franklin y una de Penn, el fundador de la Pensylvania y de Filadelfia.

He visto en un antiguo cementerio la tumba de Franklin; sobre una lápida estendida en tierra están grabadas sencillamente estas palabras:

« BENJAMIN AND DEBORAH FRANKLIN, 1790. »

Franklin y su esposa fallecieron el mismo año.

El museo chinés de Filadelfia es la cosa más curiosa que puede verse en ese género; se compone de grupos de chinos de tamaño natural y tan bien hechos, que se les creería vivos; los trajes, la actitud, todo es de una verdad sorprendente; los muebles que ellos fabrican están acomodados en torno suyo, de manera que figuren un interior chino.

Fuí ayer, siempre con el doctor Bénit, á visitar, á una legua de aquí, el « Alms House », hospicio de mendicidad, cuyo establecimiento ha costado cinco millones de francos y cuyo sostenimiento exige de siete á ochocientos mil francos, destinado á alojar y alimentar mil quinientos pobres que se hallan instalados en él como si tuviese cada uno diez mil libras de renta. Casi todos esos pobres, han sido llevados sin embargo, al hospicio, por el desorden y la intemperancia, y llevan el sello de la degradación; pero un gobierno igualitario no podría pagar demasiado caro el lujo de que rodea á todos esos viejos libertinos.

El humorismo

(TRADUCIDO PARA «LOS ANALES» DEL ATENEO DEL URUGUAY)

POR DON PABLO ANTONINI Y DIEZ

¿Qué es el humorismo en las literaturas europeas? ¿Cómo se produce? ¿Cuáles son las formas varias que toma según los diversos tiempos? Dejando á un lado toda cuestión sobre el origen y sobre el uso del vocablo *humour* (1), me ocuparé solamente del análisis de ese fenómeno complejo, con el ánimo de sorprender su idea dominante.

Mirando al modo con que se manifiesta, se encuentran elementos satíricos, cómicos, trágicos, mezclados entre sí en una especie de hibridismo fantástico y raro, tanto, que no es fácil discernir el tono á cuyo alrededor vibran co-asociadas las varias armonías del sentimiento. El *humour* es una de las formaciones más recientes y se funda sobre un concepto filosófico del universo; se lo encuentra en ciertas profundidades del espíritu humano, en que la experiencia más vasta y más madura, descubriendo nuevas relaciones entre los fenómenos, pone en claro la verdad tal cual es y destruye los dulces hilos de un ideal largo tiempo acariciado, como el paraíso del hombre; el idilio del sentimiento desaparece y cada el puesto á la realidad férrea ó inhumana de las cosas. Entre el ideal idílico perdido para siempre y la realidad trágica sobrevinida en su lugar, se crea una contradicción que divide al hombre en dos mundos contrarios: aquí el ideal fuera de la naturaleza de donde fué arrancado, allá la realidad sin esperanza, sin poesía, que le une al alma, reducida á un grupo de movimientos mecánicos dirigido por leyes contra las cuales se estrella la rebelión impotente del sentimiento.

De esta antinomia entre las dos partes más altas de la vida, puede resultar ó el *sentimentalismo* ó el *humorismo*. Si el nombre se detiene en la antinomia misma sin saber cómo reunir de nuevo esas

(1) Mr. P. Stapher, *Shakespeare et antiquité*, Paris 1880, Tomo II, pág. 418 y siguientes.

partes y hacer desaparecer esa antinomia y resucita con el deseo lo que la ciencia sustrae de la vida, entónces se tiene la forma del sentimentalismo; pero si en vez de detenerse en la contradicción como en una ley eterna de la vida, lamentando el destino y sometiéndose entre resignado y rebelde, á la presumida necesidad de las cosas, el hombre rompe esa discordia, y lejos de dejarse dominar por ella, la domina y la vence en sí mismo, desligándose de su yugo y convirtiéndola en ligera broma, el hombre sale del sentimentalismo y entra en el humorismo.

Ahora, para llegar á ese resultado y expresarlo en el arte, es menester no circunscribir el todo á un estado imposible de reproducirse realmente ó de destruirse idealmente, y no fantasear con el sentimiento lastimero, inquieto, doloroso. Hasta que la ilusión de un mundo perdido se encuentra acampada en las reminiscencias del corazón, y el hombre no la aleja de sí y esforzándose en vano por efectuarla con la vida se refugia en un puerto sobreviviendo al naufragio de sus propias convicciones, es sentimentalista y no humorista. Tal es solamente cuando anonada la ilusión misma, borrando sus últimas huellas, y la reflexión toca el fondo de la existencia, constata su vanidad, y en vez de quejarse y de considerarse víctima de la naturaleza, hace frente á la eslufo que se le para por delante para matarlo en la marcha de la vida, y deshaciendo con la ironía redentora la ilusión misma, se ríe de su propio destino, revela una tragedia del alma con la jovialidad ligera y brincadora del escéptico, y poniéndose en la cabeza el gorro del bobo de comedia, sacude bufoneando los cascaños del loco. El humorista es un hombre que á fuerza de reflexión ha llegado á descubrir el *Todo de la Nada* y á sentirse impresionado de ello, pero que sin desesperarse por su fatal descubrimiento, se venga con la chacota y con la risa de la Némesis que lo condena.

Hé ahí la idea culminante del humorismo: de ella pueden deducirse los elementos que lo componen y el modo de su composición en esa forma tan compleja del arte.

El pesimismo es la base filosófica del humorista: él posee la plena certitud de la nada humana y ha desechado de sí toda idealidad; lo que para los demás constituye lo grande y lo divino de la naturaleza y de la historia, no tienen á sus ojos valor alguno: la vida le parece un cuento en boca de un idiota, como Shakespeare hace decir á Macbeth: «*et is a tale told by an idiot*».

Pero el pesimismo solo no basta para engendrar el *humour*, si

no se junta con otro elemento que parece excluirlo y que, al contrario, lo completa. Circunscribiéndolo en la conciencia de la nada humana, sin algo que lo corrija y lo suavice, concluiría en lo trágico, en lo elegíaco, en lo sentimental, pero no podría ir más allá. Es lo cómico con que se espresa ese trágico, es la risa con que se traduce ese dolor de la existencia, cómplice de sí mismo, lo que produce el humorismo (2). En la junción de lo sentimental y de lo cómico, del pesimismo y de la idealidad, y en la alternativa de estos sentimientos, sin que el uno predomine sobre el otro, pero completándose recíprocamente, está la parte más original y elevada del humorismo.

Además de eso, es necesario que esos dos sentimientos se transformen entrando en la composición del *humour*. Lo trágico debe perder su vehemencia, su tristeza, sus lágrimas; y lo cómico sus groseras chocarrerías, su mudo descaro, su obscena petulancia. El dolor modera, si no suprime su amargura, fundiéndose precisamente en esa risa alegre, jovial, escéptica, en la cual el dolor mismo dominado por un espíritu sereno, se vuelve ménos acre por los meandros de la ironía. El humorismo es, pues, ligero, alado, caprichoso, va de un tono á otro sin pararse en ninguno, con una movilidad despojada de sentimiento, con un desorden alegre de ideas, que parece inexplicable á quien no conoce su origen.

Ni el humorismo se circunscribe solamente á la vida individual y social, ántes bien se extiende á las cosas, revelando la ironía eterna del sér que se refleja en la ilusión de sí mismo. En la evolución cósmica no vé, al través de los inmensos desastres del tiempo, el triunfo de un ideal sobreviviente á todo naufragio de los mundos; pero si la naturaleza, que aturdidamente siembra á lo largo del camino de la muerte los gérmenes de la vida y juega con la caducidad de las criaturas como « un niño con los dados », según la espresión de Heráclito. El humorismo cósmico á que ha llegado el arte moderno, nos muestra la existencia despojada de engaños. El hombre, en presencia de la diosa, le rasga el velo, y en vez de caer espantado á sus piés, fija en ella su intrépida mirada, sonriendo del falso misterio.

Por lo que dejamos dicho sobre el humorismo, se vé que ese fenómeno no pertenece en modo igual á las literaturas antiguas y á las modernas.

(2) Mr. E. Scherer. *Etudes sur la littérature contemporaine* (cinquième série).

La antigüedad clásica no lo conoció sino en parte. En Aristófanes, Plauto, Cátulo, Horacio, Petronio, el humorismo, aunque exista, no tiene la profundidad psicológica, la complejidad llena y orgánica del moderno. Las grandes antinomías entre el idealismo y el realismo, resueltas en la ironía de la reflexión iluminada por la verdad, no podían existir y no existen.

El humorismo antiguo no se funda sobre la experiencia de la vida; el poeta juega con un mundo fabricado por él y da la caricatura cómica de un hombre ó de un estado social, como Aristófanes en los *Pájaros*, en las *Nubes*, en las *Ranas*. Hay allí la petulancia franca de un espíritu sano que se esparce libremente y da color propio á los accidentes de la vida, como en Catulo y Petronio: la risa sutil y fina, que se divierte con el corazón sin oprimirlo demasiado, como en Horacio. El humorismo moderno penetra más adentro en el destino del hombre, y en su historia no vé sino un caso de la vanidad infinita del todo. El conocimiento del hado universal no lo irrita ni lo empuja á necias rebeliones, no lo hace desesperar de sí mismo y de la ley de la existencia; más bien lo hace benigno, indulgente y compasivo de la miseria comun. El pesimismo engendra en el humorista una, diré casi, caridad del sentimiento que transparece de la ironía, como en los diálogos de Don Quijote con Sancho Panza de Cervantes, en el viaje fantástico de Pantagruel á la conquista de la *Sagrada Botella* de Rabelais, en las creaciones de Hamlet, de Falstaff, de Yorik, de Shakespeare.

¿Veis allá aquel cementerio, en cuyo interior ronda Hamlet? Observadlo en el momento en que toma en la mano la calavera de Yorik, observad lo que hace, observad lo que dice, y encontrareis el humorismo psicológico y el humorismo cósmico, fundidos en un sentimiento de ironía caprichosa; la tragedia más alta de la existencia está espresada en tono gracioso y placentero. *La Nada del Todo* nunca fué revelada con mayor eficacia. Ante aquella calavera muda, ante aquellas preguntas sin respuesta, ante aquella burla chispeante de Hamlet, ante aquella fría brutalidad del enterrador, ante aquellos recuerdos, ante aquellos sarcasmos, se olvida al bufon de corte callado desde tanto tiempo, y se piensa en el destino de los hombres bajo la mano de la naturaleza omnipotente, que los crea para destruirlos: la mofa, petrificada sobre la calavera de Yorik, parece el símbolo de la demencia acampada en el corazón del universo.

Enrique Heine, uno de los más grandes humoristas del mundo,

nos describe un jovencito irresoluto y melancólico, que interroga de noche las olas del mar tempestuoso sobre el enigma de la vida, antiquísimo enigma que ha fatigado la mente de innumerables hombres que han pretendido decifrarlo. Y el poeta añade: « Las olas continúan murmurando eternamente, sopla el viento y huyen las nubes, las estrellas brillan indiferentes y gélidas, y un loco aguarda la respuesta! »

« Und ein Naar wartet aut antwort. »

Hé aquí al poeta que chaceo sobre su propio destino y sobre el de los demás; que se venga con la ironía de la esfinge tiránica compadeciendo con la risa del escéptico á los Edipos obstinados en comprenderla.

El humorismo está todo ahí.

Memoria

DE LA JUNTA DIRECTIVA DEL ATENEO DEL URUGUAY

Señores socios: .

En cumplimiento del art. 18 del Reglamento, venimos á dar cuenta de los actos realizados en el Ateneo, durante los seis meses en que nos ha cabido la honra, de componer su Junta Directiva.

Después de la organización é impulso dados á esta sociedad por sus primeras Comisiones Directivas, las subsiguientes poco han tenido que hacer fuera de la fácil tarea de seguir el movimiento que aquellas le imprimieron.

El Ateneo es un organismo poderoso que vive por si mismo, y que contando con simpatías generales, por las circunstancias que motivaron su creación y por los fines que persigue, será siempre objeto del protector afán de todos aquellos que comprenden cuan alta y civilizadora es su misión en la sociabilidad de la República.

El número de socios con que actualmente cuenta el Ateneo, no es mayor ni menor que el que tenía, cuando la Memoria de la anterior Junta Directiva lo dió á conocer en el mes de Junio del corriente año.

Se han celebrado durante el actual período las sesiones siguientes:

4 de Julio. — Sesión ordinaria con el objeto de dar lectura á la Memoria de la Junta saliente, y tomar posesión del cargo la nueva Junta Directiva.

13 de Julio. — Sesión pública en que el Dr. D. Carlos Gomez Palacios dió lectura á un « Estudio sobre la Pena de Muerte. »

24 de Julio. — Velada literaria en honor de Bolívar con motivo de su centenario, verificada en el salón del Ateneo, tomando en ella parte los siguientes señores: D. Alejandro Magariños Cervan-

tes, D. Ramon de Santiago, D. José Sienra Carranza, D. Carlos M. Ramirez, D. Washington P. Bermudez, y D. Luis Melian Lafinur.

12 de Agosto.—Sesion ordinaria en que se resolvió que la Conferencia Literaria en celebracion del 6.º aniversario de la fundacion del Ateneo, tuviese lugar en el Teatro de San Felipe.

12 de Setiembre.— Conferencia Literaria á mérito de lo resuelto por los socios en la sesion ordinaria del 12 de Agosto. Tomaron parte en la conferencia los siguientes señores: D. José Roman Mendoza, D. Pablo De-María, D. José Sienra Carranza, D. Daniel Muñoz, D. Rafael A. Fraguero, D. Carlos M. Ramirez, D. Jacinto Albistur, D. Juan Carlos Blanco, D. Gonzalo Ramirez, D. Arturo Terra, D. Ricardo Sanchez, y D. Luis Melian Lafinur.

16 de Setiembre.— Sesion ordinaria en la que el Ateneo resolvió adherirse á la manifestacion popular que en pró de la enseñanza laica se celebraría próximamente en Buenos Aires por iniciativa del « Club Liberal » de esa ciudad.

Aun cuando el restablecimiento de los estudios preparatorios en la Universidad oficial, no hace como antes indispensable la existencia de las aulas en el Ateneo, han funcionado sin embargo las siguientes, debido á la buena voluntad de los profesores:

Aula de Química á cargo del Dr. D. Florentino Felippone.

Aula de Física á cargo de D. Claudio Williman. Id. id. de Francés é Inglés desempeñadas por D. Lorenzo Pons.

Algunos aparatos que se habian encargado á Europa, y que los profesores de Física y Química juzgaban necesarios para sus lecciones, han llegado yá.

El periódico ANALES DEL ATENEO ha tenido un aumento de mas de sesenta suscritores en estos últimos dos meses, lo cual demuestra que el público hace justicia al periódico más barato en su género, y acaso el de mayor lujo tipográfico, sin excluir á las mismas Revistas europeas.

Con alguna irregularidad en el envío de materiales á dia fijo, lo que hace difícil que el periódico salga el cinco de cada mes, es del caso declarar empero, que los escritores que favorecen con su colaboracion, alimentan con holgura la vida intelectual de LOS ANA-

LES al extremo de que aun cuando la obligacion contraida con el público no es sinó la de dar ochenta páginas en cada número, raro es el que no sale con un exceso de veinte páginas ó mas.

La Biblioteca aumenta constantemente merced á las valiosas donaciones que se le hacen, distinguiéndose entre las personas que contribuyen á enriquecerla, el socio corresponsal doctor Alberto Navarro Viola, que envía con la mayor frecuencia desde Buenos Aires, publicaciones argentinas que sin su generosa atencion seria difícil obtener.

La Comision de Empréstito y construccion de un edificio para el Ateneo, ha adquirido por la suma de \$ 13,500 un hermoso terreno de 25 varas de frente por cincuenta de fondo en una calle de la ciudad nueva, adecuada para la construccion que se proyecta.

Cubiertas como están yá casi en su totalidad las acciones de TREINTA pesos, pronto se lanzarán las de diez, que una vez colocadas darán el medio de comenzar la edificacion; por lo cual puede asegurarse que en el año entrante es muy posible que el Ateneo se instale en local propio.

Del movimiento de la Tesorería da cuenta el balance adjunto que examinará la Comision Fiscal.

Al terminar el período en que hemos constituido la Junta Directiva, solo nos resta manifestar que no á falta de perseverancia ni de buena voluntad por nuestra parte, se debe que el Ateneo no haya llevado una vida más activa durante estos últimos seis meses.

Lo que hay es que los dias del año en que comienzan los calores, son poco propicios para las tareas propias del Ateneo. Despues de la realizacion de las dos conferencias literarias del 24 de Julio y el 12 de Setiembre, la Junta Directiva se preocupó de organizar conferencias populares sobre tópicos interesantes de las ciencias morales y políticas. Contaba ya con la cooperacion de varios socios; pero avanzando la estacion, se juzgó más oportuno dejar para el otoño próximo, la celebracion de esas conferencias

que en las noches calurosas no habrían reunido el público suficiente.

Los distinguidos socios que van á reemplazarnos, en la Junta Directiva, y que con tanto acierto han sido elegidos, sabrán aprovechar este trabajo inicial que á nosotros fué imposible llevar á término feliz.

Montevideo, Diciembre 16 de 1883.

Luis Melian Lafinur, Presidente — *José R. Mendoza*, Vice-Presidente — *Secundino Viña de Barne* — *Alfredo Castellanos*, Secretario — *Rufino Gurmendez*, Tesorero — *Cárlos E. Barros*, Bibliotecario — *Cárlos Warren* — *José Batlle y Ordoñez*.

Montevideo, Febrero 29 de 1884.

Aprobada en Asamblea General; publíquese

PENA,
Presidente.

F. E. Balparda,
Secretario interino.

Señores socios:

El miembro de la Comisión Fiscal que suscribe, en cumplimiento de su cometido, ha examinado las cuentas de Tesorería correspondientes á los meses de Julio á Diciembre de 1883, y las ha encontrado exactas y debidamente comprobadas y conformes al resumen presentado en la memoria de la Junta Directiva.

Montevideo, Enero 15 de 1884.

S. Carrere.

Divagaciones á propósito de un viage

POR DON JOSÉ SIENRA CARRANZA

Señor doctor don Luis Melian Lafinur.

Liviana la conciencia, y brioso en grado heroico debe tener usted el espíritu, amigo mio! — fuerte y aperebido á todo embate debe sentirse el corazon que tan intrépidamente asume responsabilidades y provoca borrascas amedrentadoras para el vulgo de los mortales!

No me acompaña á mí su valentía; — y atemorizado por las amenazas con que mi imaginacion puebla la atmósfera, me acojo al para-rayo de su candorosa abnegacion, y procuro que caiga el castigo ahí donde se encuentra la culpa que lo desafía.

Está usted habituado á que sus sugerencias venzan mis resistencias. Caballero andante de LOS ANALES DEL ATENEO, no bastan á las dedicaciones de su culto las ofrendas científicas del constitucionalista Aréchaga, del enciclopédico Pena, del sabio Arechavaleta, del estudioso Susviela Guarch, ni las joyas literarias que importa del exterior Antonini Diez, ni las que producen usted mismo, y Juan Cárlos Blanco, y tantos otros brillantes justadores de los torneos de la inteligencia en la tierra Uruguaya. No basta eso á su ambicion; — busca usted obstinadamente otros tributos para su ídolo, y pierde los estribos hasta perseguirme, hasta hostigarme despiadadamente con la exigencia de mis desvalidos y vergonzantes homenajes.

Hasta ahora he marchado en silencio al sacrificio.

Pero en la presente emergencia ha ultrapasado usted los límites de toda moderacion, y puesto que me obliga otra vez á hablar, he querido ejercer mi derecho de defensa hablando claro en este preámbulo.

Quiere usted á todo trance las impresiones de mi viage. El empeño sería inofensivo si estuviera usted resuelto á darlas vuelta en su imaginacion y hacerlas chisporrotear inmediatamente en la lumbrera del hogar.

Entre tanto, para LOS ANALES, ¿qué atractivo puede tener el relato de una escursión de Montevideo al Salto, lo que equivale á decir sin salir de nuestra casa? ¿Puedo yo, que no soy Javier De Maistre, entretener al mundo con las aventuras de un « Viage al rededor de mi cuarto »?

Yo no las doy á la publicidad, aunque las entrego á nuestro apreciable amigo Pacheco, diligente alguacil cuyos siniestros propósitos, acordes con las instrucciones de usted, me son perfectamente conocidos.

Yo soy la máquina, él es el ejecutor, usted el autor culpable y responsable del yerro.

I

Mis impresiones?.... Es cierto que en los primeros dias de Enero he tomado el vapor « Rio de la Plata » para cruzar en él la corriente de su mismo nombre, y subir la del Uruguay.... hasta donde me fuese posible.

De Montevideo á Buenos Aires.... oh! no lo he pasado en la indiferencia; — he debido reflexionar sobre el valor de las horas que marchan pesadas y tardías bajo las angustias del maréo.

Los marinos quo viven á la merced de un elemento implacable, apelan, como todos los desesperados que quieren disimularse á sí mismos su impotencia, al recurso de los niños, inventando palabras huecas para suplir el consuelo que les niega la realidad abrumadora.

Así, el simpático y atento Capitan Magnasco procuraba disminuir mi abatimiento, esplicándome el fenómeno del *oleage muerto* que sucede á los sacudimientos de la tempestad, dando apariencias tranquilas á las aguas quo continúan agitadas en la parte inferior, imprimiendo al buque los más irregulares movimientos.

Mediante su erudita y convincente disertacion, yo permanecí mareado hasta despues de echada el ancla en Buenos Aires.

¿Tiene usted alguna idea del mal de que le hablo, amigo mio?

En los tiempos en que yo me engolfaba en la lectura de obras de filosofía especulativa, recuerdo haber hallado la teoría de la libertad humana sin otras restricciones que la del sueño y la de la evidencia que fuerza el juicio.

Se me ha ocurrido despues muchas veces que podría interrumpir á los filósofos ecléticos con el *córrigo* del aula de latin, para de-

mostrarles la necesidad de agregar el término del marco á los eclipses del libre albedrío.

Un hombre mareado es un muerto que desmiente el adagio, puesto que *habla*, — y que se desconoce á sí propio, puesto que desearía morirse.

II

Tengo bien presente un viage peor que el de que me ocupo en estas líneas. Marchaba el vapor dando tumbos consecutivos, y mi cuerpo, y mi cabeza debilitada y perdida, cayendo y subiendo bajo sus odiosos impulsos. Una sola energía restaba á mi espíritu abatido, — la que empleaba en implorar del cielo una ráfaga que hundiera de pronto á la nave en el abismo.

El reciente mareo, debido al *oleage muerto*, no despertó tan vehementes imprecaciones; pero ha sido motivo de más hondo malestar y de una resolucion más firme y perseverante.

Mis viages de otros tiempos dejaban leve huella en mi ánimo. No conservaba al dia siguiente el horror de la travesía, que á la siguiente semana debía renovarse.

Tenía el ardimiento que desafía no sólo el peligro, sinó, lo que es más repulsivo, las pequeñas amarguras que la naturaleza arroja como escarnio sobre la altivez humana.

Lisonjeábame constantemente la esperanza de la victoria; y si no triunfó siempre del influjo de las olas embravecidas, gocé más de una vez de los encantos del buque que se desliza suavemente sobre el rio, sin otro horizonte que el de la línea del cielo y de las aguas tranquilas, como el cristal de un lago, reflejando los pálidos rayos de la luna.

III

Es un recuerdo de veinte años, y viene todavía á mi memoria con todos los prestigios de mis dias de ilusiones; — porque era en la edad en que el alma se abre ufana al calor de los bellos ideales, sin comprender como posibles los aplazamientos del porvenir que nos llevan hasta la tumba, creyendo tocar siempre, y siempre alejando de nuestra mano, las prometidas realidades de la felicidad, del mérito coronado por el éxito, de la patria engrandecida, del bien y de la virtud reconocidos triunfantes.

Nos habíamos alejado del Cerro, había terminado la comida, y el poeta Mármol acababa de amenizar la sobremesa con los atractivos de su animada conversacion, siempre chispeante y anecdótica.

¿Dónde estaba media hora más tarde el inspirado cantor de «El Peregrino»?

Su voz nos sorprendió desde cubierta: «Vengan ustedes, vengan a contemplar esta magnificencia de la estela luminosa de la luna sobre el río....»

Veta? Adivinaba el bardo casi ciego?

Hace veinte años,—y tengo todavía grabadas las imágenes en la retina y el recuerdo en la memoria.

Mármol nos llevó junto a la borda y señalaba con la mano el espacio abrigado en que se quebraban y resurgían los esplendores de los astros de la noche, y su mirada sin luz parecía dilatarse en la inefable vision del magnífico espectáculo.

Tal debió haberselo levantado su figura juvenil cuando, otros veinte años antes, recogía su mente en las peregrinaciones del proscrito las maravillas del mar de los trópicos para reproducirlas en estrofas inmortales.

La brisa fresca pero apacible de una de esas raras noches de primavera en que duermen las cóleras del Sud y del pampero,—el río en calma destellando fosforescencias de plata y de zafir,—la bóveda del cielo sin una sola nube, sin una sola sombra, que empañasen el brillo de la luna y las estrellas esparcidas hacía todos sus ámbitos,—el barco volando con las alas del vapor sobre la líquida superficie bajo aquel pabellon de celestes luminarias,—todas las dulcedumbres de la naturaleza en sus horas de tranquilidad hablaban al espíritu el lenguaje de las íntimas melodías, ó invitaban a la comunicacion de los corazones, a la grata expansion de las confianzas que no necesitan tener su causa en la amistad, porque traen en sí mismas la virtud de improvisarla.

¿De cuántos sucesos, de cuántos accidentes interesantes de su vida errante ó de sus éxitos de poeta y de escritor, de proscrito y de tribuno parlamentario, nos impuso entonces la locuacidad de Mármol?

No me sería fácil referirlo; pero jamás he conversado de aquella plácida noche sin recordar la perplejidad pintada por el poeta al relatar sus entrevistas con la familia Imperial del Brasil en ocasion de su primera mision diplomática, cuando don Pedro II le recitó algunas de sus estrofas, que suponían el conocimiento de

aquella en que a él aludía con el áspero acento de la musa indignada:

¡Y ese nieto imperial de veinte abuelos
Hijo pigmeo de gigante padre ! . . .

IV

Quantum mutatum ab illo! Los días de aquella arrogancia que desafiaba las contrariedades y que lograba hallar en las mismas ocasiones del malestar los desquites de las más gratas y risueñas impresiones, huyeron para siempre con los ultrajes que al alma enamoraban

Quando a vida roba entre sonhos!

segun las palabras del cantar brasileiro.

No habrá ya quien tenga oportunidad de repetirnos las advertencias de un viejo ilustre que, despues del incendio del *América*, admirando mi disposicion para las frecuentes travesías de una a otra orilla del Plata, me decia, con peculiar tonada provinciana: «Vos vais a morir quemado.»

Bajo la influencia del romanticismo que nos habían infiltrado los reflejos de Byron, de Lamartine, de Silvio Pellico, y de Espronceda transmitidos por las lirás de los cantores americanos,—de Echeverría, de Adolfo Berro, y de Arrascaeta especialmente,—los ensayos poéticos de la generalidad de los adolescentes de mi tiempo estaban impregnados de la más quejumbrosa melancolía. Excepcion hecha de Agustín de Vedia, cuyo rígido temple de alma le sustrajo a la accion de aquella moda del sentimiento, todos teníamos en nuestras estrofas el acento del dolor y el sello del desencanto de una vida no empezada todavía.

Pero, lo falso consistía principalmente en aquel desengaño prematuro.

El fondo de tristeza que el romanticismo desplegaba hacía el exterior, residía verdaderamente en el corazón, formado bajo las aflicciones de la guerra civil que había azotado todos los hogares de la generacion que nos dió el ser.

Habíamos nacido entre las alarmas del cañon; y las guerrillas

de media calle en el interior de la ciudad continuaron atronando nuestra infancia, de modo que podía decirse que despertamos des-pavoridos á la vida consciente de la pubertad.

Era este lado de nuestro destino el que condecía con las lamen-taciones de la musa romántica.

Pero, no en vano corre ardiente la sangre por las venas, y acre-ce la sávia que desarrolla el organismo en la lozania de la juven-tud, y el corazon se agita en vagas emociones, y bulle en el ceré-bro inquieto y desbordante el pensamiento.

Dirijiamos la mirada al porvenir, y la ilusion nos forjaba esplén-didas perspectivas,—soberbios horizontes,—cumbres luminosas, que debíamos escalar gallardamente.

Tomabamos las tribulaciones del pasado como la dura prueba im-puesta por el destino á todo premio,—fiábamos en la virtud de la de-mocracia y la república,—y nos creiamos los elegidos para las luchas fecundas del agora griega y del foro romano, en las agitaciones po-pulares al aire libre,—ó nos imaginabamos creados para actuar, en el órden de las instituciones modernas, dentro de una nacion que, por el poder de la industria, del comercio y de la navegacion, cre-ciendo á merced de condiciones geográficas escepcionales, represen-taría en la América del sud el papel de la Inglaterra con su pe-queño territorio y los numerosos puertos de su extenso litoral.

Así se hermanaban los vuelos altaneros de nuestras juveniles fantasías con los dejos de la tristeza orijinaria y con las modula-ciones enfermizas de la lira romántica,—que, á veces, estallaba en roncadas vibraciones como si la remeciese en violenta sacudida el génio de la tempestad.

V

El Plata era entonces un Tíber magnificado con los raudales de media América, y el entusiasmo poético lo oponía al mundo entero, arrojandolo á la batalla con el Océano:

Río soberbio, fragoroso río,
Emblema de la santa libertad,
Vuelve á rujir con soberano brío,
Vuelve gigante á combatir al mar!

Aún las composiciones subjetivas solian brotar con arranques vi-

riles, que denunciaban las ardientes ansiedades de los primeros años sobreponiéndose á las lamentaciones de la melancolía convencional ó hereditaria; y el laud vibraba, en la admiracion de las grandio-sidades de la naturaleza ó de la vida:

¡Bello es vivir cuando en la mente inquieta
Mil pensamientos en tropel se agitan,
Bello es sentir las fibras que palpitan
Del jóven y entusiasta corazon!

Bello es vivir mirando del pampero
El rudo embate vigoroso y fuerte,
Bello es el mar contra la roca inerte,
Contemplar batallando con teson!

Bello es el mundo en loco torbellino!
Bello es oír la tempestad bramando!
Hermoso es ver las nubes que tronando
Rayos de fuego despidiendo van!

Y escuchar de salvaje catarata
Los horrisonos tumbos altaneros,
Y eclipsarse los vividos luceros
Al amago del rápido huracan!

Con semejantes disposiciones en el espíritu, se comprende que no fuesen sólo los arrobamientos de las noches serenas en que la luna rielaba sobre el río, lo que la imaginacion debiera pedir á la nave que cruzaba de una ó otra orilla del Plata.

La fantasia en su enagenamiento habría buscado las emociones de la tormenta desencadenada,—una cuerda que sujetase al hombre contra el mástil, para que pudiese contemplar todas las majestades del choque de los elementos,—el sol hundiéndose rojizo en el ocaso las nubes arremolinándose sobre sus últimos rayos mortecinos hasta envolverlos con sus pardas vestiduras siniestramente flotantes por todos los puntos del cielo,—el pampero rugiendo enfurecido y haciendo crujir la arboladura y silbar el cordaje del bajel arrojado alternativamente del abismo á la cumbre, entre montañas de olas encrespadas y amenazadoras.

Esta era la naturaleza de los delirios juveniles

Quando a vida voaba entre sonhos,

y la voluntad volvía sobre ella no obstante la debilidad del orga-

nismo, que llegaba también alguna vez á triunfar de sus desfallecimientos hasta producir el éxito de la contemplación de la escena en imponente magestad.

.....

VI

¿Se explica Vd. porqué he podido viajar tan frecuentemente en la juventud; y porqué, cuando todos los encantos y todas las energías han pasado, — cuando no descubro ya sobre mi existencia ni la más tenue ondulación de la espiral en que subieron las ilusiones evaporadas, — se explica Vd. porqué al llegar á Buenos Aires, después de una travesía monstruosamente incómoda, jurase no cruzar el río en el viage de regreso?

Hé ahí las impresiones de la primera etapa: — el maréo, — la enervación del espíritu huérfano de las fuerzas y de la sávia vivificante de la juventud, — la resolución de la fuga río arriba y tierra adentro.

VII

Volví á sentirme dueño de mí mismo cuando hubimos remontado la boca del Guazú.

La generalidad de los pasajeros se hallaba sobre cubierta; y oí frente á Martín García curiosas discusiones en que terciaban orientales, argentinos, y un brasilero, personaje este último dotado de ardiente imaginación, de fogoso entusiasmo pátrio, y de toda la flexibilidad de espíritu que las circunstancias reclamaban para mantener la cordialidad de los debates.

El brasilero juzgaba irónicamente aquella isla un baluarte inexpugnable contra una coalición de todas las escuadras del mundo; en tanto que los argentinos y orientales no dudaban de que las fortalezas caerían por sí solas, como castillos de naipes, al solo aspecto de una nave del Imperio que mostrase *cara feia ao inimigo*.

Las chanzas y los epigramas volaban de uno á otro lado rápidos y abundantes, denunciando no obstante su forma ligera y humorística el fondo de los antagonismos nacionales que se perpetúan latentes á pesar de las indicaciones del buen sentido y de los verdaderos intereses del Brasil y de las Repúblicas del Plata.

El cuadro no habría estado completo si no hubiese figurado un veterano de *la guerra grande* que recordaba los días en que la bandera oriental ondeaba sobre las fortalezas de la isla; explicando los importantes servicios prestados por la *yegua blanca*, que atravesaba diariamente la canal, y ofrecía su lomo á los soldados incumbidos de procurar en la costa dominada por el enemigo, la carne necesaria para el sosten de la guarnición.

Afortunadamente el *veterano oriental* no tenía la espresión del actor Calvo, y desempeñaba en la comedia que me ocupa un papel ménos estrepitoso que el de aquel *caso de literatura criolla* que tanto sirvió á los comentarios del Dr. D. Pedro Goyena. Merced á estas circunstancias, sus reminiscencias históricas pasaron sin que el *tourista* brasilero sacase para el reavivamiento de la polémica el provecho que *A Patria* ha estraido últimamente de los artículos de *La Nación* de Buenos Aires sobre la jurisdicción argentina en las aguas y las islas del Uruguay.

VIII

El dominio de la República Argentina sobre Martín García es una chocante aberración jurídica. No se lo disimulan, indudablemente, sus mismos hombres de Estado; y así se explica que recurran á fórmulas ambiguas ó incoherentes al referirse á tal fenómeno, no obstante la franqueza de sus reconocimientos de la soberanía oriental por lo que hace á las demás islas que se inclinan á la izquierda del río divisorio de ambos países.

(Por mi parte, prescindiendo de los artículos de *La Nación*, aunque sean escritos por un ex-Ministro en el diario de un ex-Presidente, porque sólo deben ser tomados como un rasgo de atrabiliario aturdimiento, escludido por su propio carácter de los datos regulares del asunto.)

Así, en 1873, después de una ágría discusión de Gobierno á Gobierno sobre conflictos de jurisdicción fluvial, el Dr. Tejedor, al propio tiempo que se allanaba á los reclamos de un Ministro Oriental, devolviendo las personas y las cosas apresadas en la isla de Itapebí, y comprometiéndose al castigo del Comandante de marina que había cometido el atropello, buscaba excusas para tales accidentes repitiendo en notas y conferencias con el mismo Ministro la observación de las dificultades originadas por las sinuosidades del canal del río y *por la posición de las islas* pertenecientes á uno y

otro Estado, sin que existiesen convenios internacionales que resolviesen definitivamente toda duda á ese respecto.

Muéstrase con toda claridad el punto flaco de la cuestion en esa referencia á las dificultades nacidas de la posicion de las islas de uno y otro Estado para determinar su jurisdiccion respectiva. Porque es evidente que, estando en la mitad de la canal del rio el límite de las jurisdicciones, estas no pueden ser afectadas por la posicion de las islas, que, al contrario, segun su posicion, se subordinan á aquellas.

La República Argentina poséo á Martin García, y sostendría en todos los casos su dominio. Y seguramente el Dr. Tejedor, con este hecho involucrado en la cuestion, juzgaba peligroso el asentimiento incondicional á las reglas generales del derecho de gentes.

Surge de ahí la necesidad de una exposicion embrollada que cubra el hecho. Y, en consecuencia, fluye el peligro de enredar la cuestion en todos sus detalles, colocándose fuera de los principios de la ley internacional los países más interesados en robustecerlos como única ejida contra la arbitrariedad en sus conflictos con las grandes potencias europeas, ó como único argumento en sus tentativas de influencia con los Estados Americanos que amenazan romper el equilibrio de esta parte del continente.

¿Porqué no sería preferible economizar tareas tan arduas y arriesgadas?

Honesty is the best policy.—Los sofismas,—sobre todo, cuando son de cierta magnitud,—no cambian nada ni en la esencia de las cosas, ni en los juicios de la opinion; es difícil—en asuntos de cierta magnitud—convertir lo negro en blanco, y vice-versa,—ni hay interés que indemnice el valor de un gran principio tirado á la calle, al medio del rio,—siquiera sea para desviar el medio del rio Uruguay, que continuará magestuosamente su curso en la canal que le formó la naturaleza, y bajo las leyes de Dios, que sirven de fuente á toda ley humana duradera.

¿Porqué no sería preferible abandonar las artimañas, y obedecer á los principios generales, salvando como anomalía el hecho anómalo que nadie está dispuesto á discutir, y poniendo la regla universalmente aceptada arriba de la escepcion tolerada ó admitida, que ni la deroga ni la afecta?

Podemos decir que en el órden histórico de los hechos vijentes, el dominio de Martin García es una cuestion resuelta; y sólo interesa reconocer el absurdo que entraña la política que, para cubrir aque-

lla aberracion jurídica, provoca el riesgo de nuevas cuestiones planteadas en términos inconciliables con el derecho universal de las naciones.

No hay necesidad de tantos artificios empleados para escollar en lo imposible,—esto es, en la subversion de lo que la conciencia humana ha sancionado irrevocablemente,—y para que se consienta una aberracion que nadie se ha empeñado ni se empeña en combatir, dados sus caractéres de hecho histórico consumado, ó irreparable, supuesta la persistencia de la presente disposicion de la geografía internacional de esta parte de la América.

X

Un indiferente habría podido observar abordo del «Rio de la Plata» que los orientales no parecían preocupados de la importancia de Martin García, como punto extratético en conflictos con la República Argentina.—Se diría que consideraban imposible el extremo en que tal interés fuese apreciable; y que las fortificaciones que en las débiles manos (ay! tal vez la imaginacion agregaría que en las manos ineptas ó dóciles á la corrupcion) del Gobierno de un pequeño Estado nada influirían en la lucha con una nacion relativamente fuerte y organizada, pueden bajo los medios militares de la República Argentina ser un elemento capital de defensa y de seguridad para los pueblos del Plata en los grandes litigios con el Imperio del Brasil.

XI

A corta distancia de Nueva Palmira llama la atencion del navegante un pequeño monumento alzado en la soledad de la costa oriental, sobre una estrecha extension de arena con forma de anfiteatro cerrado por el marco semi-circular del bosque que se prolonga por la ribera y hácia la parte de tierra.

Es la blanca pirámide levantada por el señor Hordoñana para señalar el punto del desembarco de los Treinta y Tres.

La identidad del paraje y la autenticidad del nombre de la Agra-ciada pueden discutirse, y yo por mi parte no me despojo de este derecho.—Pero no lo he ejercido por el momento, y he tomado las cosas como se presentan.

A la distancia del vapor, la pirámide produce el efecto de un se-

pulero. — ¿Es una alegoría de actualidad la de esa perspectiva? —
He ahí, sin embargo, que es una cuna.

A su aspecto se desenvuelve en la mente del viajero todo el drama de la redención Uruguaya; y el espíritu se abisma en la meditación de los contrastes que componen la historia del pueblo libertado, desbaratando sus gloriosas tradiciones y sus nobles destinos en los delirios sanguinarios de las pasiones y de la guerra fratricida, — hasta caer, perdida su primitiva virilidad, en las prostraciones cívicas que confieren la soberanía á la guardia del pretorio.

Epica ó fúnebre la perspectiva, yo me he descubierto ante ella con el sentimiento de la veneración que despiertan los sagrados recuerdos, y con la íntima persuasión de que, sólo en el entusiasmo abnegado que se lanza al sacrificio, arrojando las invectivas de la cobardía disfrazada de sensatez y la desigualdad del enemigo apoyado en la fuerza de numerosos batallones y de formidables parques de artillería, — sólo en aquel impulso del patriotismo que ante la voz del deber y del honor desdeña las advertencias del peligro, — se encuentra el secreto de las grandes rehabilitaciones, y el medio de romper las cadenas de la servidumbre que humillan á los pueblos, despojándolos de los atributos de su dignidad, de su independencia, ó de su libertad y sus derechos.

Así, por la virtud de su lejendario episodio, aquella estrecha playa iba, á medida que nos alejábamos de su ribera, subiendo do nivel dentro de mi imaginación, hasta convertirse en el Thabor de la República, donde están las huellas que será necesario buscar en todo tiempo para saber cómo se acude á la salvación de la patria esclavizada.

XII

En la boca del Yaguari encontramos un vaporcito que trae los pasajeros de Mercedes y espera á los que para aquella ciudad conducen los paquetes que suben ó bajan el Uruguay.

A él nos trasbordamos, y nos fué necesario permanecer anclados tres horas hasta la llegada del vapor del Salto y Paisandú.

Eran las nueve de la noche, afortunadamente serena y alumbrada por una luna que nada tendría que envidiar á aquella de que habla don Juan Tenorio en las magníficas estancias del drama de Zorrilla, sea en el arrobamiento del diálogo con don Ines, sea en las excitaciones del remordimiento, ora exclamando:

¿No es verdad, ángel de amor
Que en esta apartada orilla
mas dulce la luna brilla
Y se respira mejor?

Ora dando rienda á la ironía:

Hermosa noche; ay de mí!
Cuántas como esta tan puras
En infames aventuras
Desatinado perdí!
Cuántas al mismo fulgor
De esta luna transparente
Arranqué á algún inocente
La existencia ó el honor!

La noche en calma, el cielo y las estrellas en todo su brillo, el río apacible, los bosques sombríos asomándose desde las orillas de las islas á reflejarse en el cristal de las aguas dormidas, el silencio protegiendo los misterios de la naturaleza, formaban un escenario superior al de las márgenes del Guadalquivir, ó al del jardín de la casa solariega convertido en cementerio.

Faltaban sólo detalles insignificantes. — Ni don Juan Tenorio, con su altanera arrogancia — ni doña Ines con su monástica belleza deslumbrante, — ni la estatua del comendador! . . . Nada de esto se descubriría en las nocturnas voluptuosidades, ni en las maravillas fantásticas, de la boca del Yaguari.

XIII

Bajo el influjo de tales impresiones mi soñadora imaginación se dejó arrastrar por los atractivos de una idea luminosa.

Pedí instantáneamente un aparejo. . . y me absorbí en las delicias de la pesca.

Al cabo de cuatro horas, cuando el vapor del Salto había llegado, y verificándose el recíproco trasbordo de pasajeros, prontos nosotros ya para remontar la corriente del Río Negro, al recojer por última vez mi terrible anzuelo pudieron los peces de los contornos reposar tranquilos y satisfechos, y pasar revista por sus filas no disminuidas en un solo individuo de la especie.

Por esp icaciones posteriores de persona inteligente, he venido en conocimiento de que ni los dorados ni los zurubís, ni las mojarras, pudieron apercibirse de mis tentativas contra su existencia, ensayadas en mitad del río, á altas horas de la noche, cuando ellos duermen á pierna suelta en las inmediaciones de la costa.

XIV

Levamos anclas,—desempeñé melancólicamente la tarea de envolver el estéril aparejo,—y me instalé en el alcázar de nuestro gran navío.

A favor de la luna era posible distinguir los panoramas. — Marchábamos entre islas cubiertas de lozana vegetación con aspecto primitivo y salvaje, completándose la hermosura y el interés del espectáculo al pasar por las intersecciones de los canales ó riachos que las separan, tras de cuyas vueltas querría ir la imaginación, como en pos de lo desconocido, y en busca del origen perdido entre el ramaje y en lejanos horizontes.

Pude observar, sin embargo, en el viage de regreso, á la luz del medio día que sólo algunas de las islas inferiores conservan la arboleda en su parte interior. — En general el bosque no se extiende más allá de cien metros de la costa; y, aunque de espeso follaje, le falta la magestad que dan las especies elevadas y corpulentas de la flora americana, tal como la he admirado en las selvas del Chaco y del Paraguay.

El sauce ha quedado como monarca de estas espesuras del Rio Negro, restándolo como compañeros el sarandí, el molle, el mata-ojo, y las plantas trepadoras cuyo manto concurre brillantemente á la frondosidad del paisaje.

El ñandubay, el antiguo gigante de corazón de hierro de nuestras florestas, ha sido extirpado en aquellas latitudes; y apenas si asoman sus copas en largas distancias el tala y el espinillo esmaltados con los áureos botones de su fruta ó de sus flores, ó algun añoso ceibo con sus rojos ramilletes.

El hacha del leñador y la fogata del carbonero derriban y destruyen las más hermosas especies, con la imprevisión del indio que no sueña en la necesidad del método á cuyo favor pudiera obtenerse la constante renovación de los dones de la naturaleza.

XV

Subiendo el río hemos hecho ligeramente la vénia al más antiguo pueblo de la República, relegado á insignificante condición por la capitalidad que reside en Mercedes, no obstante tocarle á aquel el honor de que el Departamento continúe bajo la designación de su nombre.

XVI

No he podido divisar los campos del Rincon, que dejábamos á nuestra izquierda antes de llegar á Mercedes, pero mi fibra patriótica se ha conmovido hondamente bajo el sentimiento de su proximidad.

Otra vez, como al pasar por la Agraciada, se agolpaban á la mente los recuerdos; y pronunciaba con respeto el nombre de Rivera, inseparable de la hazaña legendaria.

Meditaba al propio tiempo en la impiedad de los rencores de partido que á tantas injusticias nos ha arrastrado contra los héroes fundadores de nuestra independencia.

Rivera, como Oribe, y, casi tanto como el uno y como el otro, el mismo Lavalleja, ¡de cuánto encono, y de cuánta diatriba, no han sido objeto en la patria que redimieron, y hasta las horas de nuestros días!

Ah! entre tanto, no se puede pasar por el Arenal, no se puede sospechar la proximidad del Rincon, sin que el pecho palpite en emociones que terminan en la palabra de veneración, religiosamente balbuceada para no quebrar el encanto del misterio en el diálogo con los grandes muertos.

¿Y qué somos, y qué son los poderosos de esta menguada posteridad para continuar deprimiendo la memoria de los héroes con la recrudescencia de las pasiones contemporáneas de sus virtudes ó de sus faltas?

Ellos dilaceraron la patria, es cierto, con los tumultos sanguinarios de sus civiles contiendas; pero al ménos podían también decirnos con orgullo que la habían creado con los esfuerzos de su valor y de su brazo.

¿La hemos despedazado, la han humillado ménos los depositarios de su herencia?

Y ¿dónde están las nobles hazañas, los abnegados sacrificios, ó cuál es el rendimiento generoso y fecundo, que puedan presentar como título para las excusas ó las conmisericordias de la historia?

Recordaba yo la pueril desenvoltura de mis invectivas de la niñez contra el célebre caudillo, — ciertamente ménos injuriosas que las osadías de los pigmeos, que pretenden haber heredado su prestigio y sus amplias facultades, y subido á la altura de sus merecimientos y su gloria.

Procuré desde mi más temprana juventud despojarme de los odios de partido, tomando á pecho la doctrina de que su razon de ser había pasado, y de que las nuevas generaciones no podían vivir atadas á una cadena de disidencias estrañas á sus aspiraciones y destinos.

Es, por consiguiente, á mi remota infancia que se dirigían mis reproches; y, sin embargo, sentía insuficiente el desagravio de las solitarias reflexiones en mi viage nocturno sobre las calladas aguas del Río Negro.

Oh! no he tenido la ridícula supersticion del miedo, que fabrica el fetiche, ó adora en ídolo á Satanás. No he olvidado la naturaleza humana del prócer, ni el desacierto, ni la falta, ni el delito. Me he recusado sólo como juez para pronunciar condenaciones: — me he reconocido sólo obligado en deuda sagrada de patriótica gratitud. Estaba en las inmediaciones del campo del prodigio heróico que auguró los triunfos republicanos de la redencion contra la servidumbre estrangera. Debía venir á mis labios el nombre del héroe, renegado por la pasion en tantas detracciones. Debía venir á mi memoria, enaltecido con todos sus insignes títulos á la consideracion de sus compatriotas. ¿Cómo no reconocerlo grande en sí mismo, y en comparacion con las figuras de su posteridad?

Se me presentaba jóven de veinte y cuatro años, acaudillando eriollos, bajo Artigas, para combatir el coloniage contra los muros españoles de Montevideo; — quebrando tres años más tarde en Guayabos la arbitraria supremacia y el centralismo unitario del Directorio porteño; — salvando en seguida la dignidad de la causa de los Orientales, restableciendo en la capital de la Provincia las garantías violadas por el azote de Torguez; siendo el primero que rompe lanzas con la invasion lusitana de 1816 en India Muerta; — siendo el primero que triunfa estrepitosamente en la reaccion emancipadora de 1825; — siendo el último que asesta sus golpes audaces sobre el seno del Imperio enemigo en la asombrosa calaverada de Misiones.

Así acudió su sombra á mi espíritu al cruzar por las cercanías del Rincon de Haedo; y así me ha conmovido en recuerdos de veneracion por las glorias de la patria!

XVII

No recuerdo si es en el Coran ó en una leyenda árabe que ho

saboreado las maravillas del más dilatado y portentoso viage ideado por la humana imaginacion,—incluso el de los miembros del « Gun Club », que Julio Verne hizo llegar hasta la luna, — el viage de Mahoma por todos los cielos de Allah, extasiándose en los siete colores de las huries y abismándose en las magnificencias de los palacios resplandecientes del señor de los señores, todo ello acaecido en el intervalo empleado por el Profeta al inclinarse y estirar la mano para detener la taza de leche que en brusco movimiento hubo de tirar él mismo de sobre su mesa . . . de noche.

Suponiendo que las impresiones de mi navegacion por el rio Negro, que dejo relatadas, requiriesen cinco mil veces más tiempo que el del viage del fundador del Islam, todavía podría usted, amigo mio, preguntarse si no he tenido ocasion de experimentar el hastío en el aislamiento de toda sociedad civilizada y aún en los largos ratos dedicados á la pesca en la boca del Yaguari.

El error procedería de un defecto de exposicion; porque no estuve privado de culta compañía, - teniéndola, al contrario, tan cumplida como pudiera desearse en un jóven matrimonio perteneciente á lo más distinguido de la *high life* de Montevideo.

Con tan gentil pareja compartí las febriles esperanzas y los desencantos de las inofensivas ecladas del anzuelo contra los peces del Uruguay, la contemplacion de las bellezas de las islas, y por último, las vicisitudes del desembarque y de la entrada nocturna sobre las desiertas calles de Mercedes en azares indecibles de saltos y barquinazos, que no deben redundar en descrédito de la ciudad ni de su pavimento, ni de sus carruages, ni de sus aurigas, porque la luna se había retirado hacía una hora, el cielo se había entoldado, y se trataba de una marcha á galope en las tinieblas.

(*Concluírá*).

Juan Clemente Zenea

POETA CUBANO

(Conclusion)

Para coincidencia tambien. Las quintillas de Zenea tienen más de veinte años, y el idilio de Victor Hugo no fué conocido del público sino en 1877. Y, como en la referida ocasion nos atrevimos á manifestar, nos parece la imágen de Zenea más bella que la de la *Légende des siècles*.

En el citado romance *Fidelia* dice que las asechanzas del mundo rodearon á su amada,

Pero su arcángel custodio
Injé á cuidar su pureza,
Y protegió con sus alas
Las ilusiones primeras,
.....
Yo no tuve ángel de guarda
.....

¡Hermoso cuadro! La inocencia protegida por la Divinidad! La *Evangelina* de Longfellow, con ser un poema basado en la doctrina del Redentor, tiene más espíritu cristiano en el pasaje en que

Angel of God was there none to awaken the slumbering maiden.

Hay en la composicion *En dias de esclavitud* unos versos que recuerdan otros de Lope de Vega, y la famosa oda de Rodrigo Caro *A las ruinas de Itálica*, imitaciones ambas de Virgilio, en el final de la *Geórgica IV*, segun observacion del señor M. A. Caro. Há aquí los de Lope de Vega; dice Nurelso á Eso:

Primero se verá firme la luna,
Parado el sol, constante la fortuna,

Y yo sin alma, que á mi cuerpo toques,
Y á escuchar tus regalos no provoques,
Vete, loca mujer, ¡vete, infelice!
Eco por las oscuras
Sombras de aquellas verdas oscuras
Tambien huyendo dice:
Vete, loca mujer; vete, infelice!
Hermosa hora y despreciada muerte!

Los de Zenea dicen así:

• ¡Habedme compasíon! No al negro olvido
Dejéis mis duras penas,
¡Infelice de mí! — Llorando á solas
En la cruz enclavada
La patria herida en el tormento dice;
Y al romperse en las tórridas arenas,
• ¡Infelice! • murmuran sordamente
Las plañideras olas,
Y en su clamor doliente
Los ecos les responden: • ¡Infelice! •

Es lástima que Zenea no haya evitado, como pudo hacerlo, pues no lo obligaba á lo contrario la ley del consonante, la anomalla de que los ecos respondan « Infelice » cuando la última palabra que pronuncia la patria es « mí ».

Espronceda dice en el canto I del *Diablo Mundo*:

¡Oh! Si el hombre tal vez lograr pudiera
Ser para siempre jóven á immortal,
Y de la vida el sol le sonriera,
Eterno de la vida el manantial!
¡Oh! cómo entónces venturoso fuera
Roto un cristal alzarse otro cristal
De ilusiones su fin; contemplarla
Claro y eterno sol de un bello dial!

Con cuánta mayor melancolla y pureza expresa el poeta cubano los mismos conceptos en su *Recuerdo*!

¡Oh dulce juventud! Si Dios quisiera
Vestir de nueva pompa el árbol mustio,
Y hacer resucitar la primavera
Y otra vez entantar el corazón!

En donde quiera que se ha tratado de oscitar á un pueblo á la rebelion, los poetas lo han apostrofado enérgicamente, consurando su mansolumbre, su Indiferencia, su abyeccion, etc., etc., etc. El

tema es ya un lugar comun, y en éste, como en otros muchos casos, no hay que creer á los poetas al pié de la letra. Con más ó ménos epítetos, mayor ó menor energía, todos se repiten unos á otros, y es inevitable, puesto que las circunstancias históricas tambien se repiten. En prueba de ello, comparemos la vituperacion de Zenea con la de uno de los poetas más antiguos, que nos es fácil cotejar.

TIRTEO

(TRADUCCION DE CASTILLO Y AYENSA)

¿Hasta cuándo en vil ocio? ¿Tan sufridos
Será, mancebos, que la Grecia os vea?
¿Cuándo alzareis los ánimos caídos?
..... ¿La quietud infame
Pensáis, ilustres, que guarda la oscura?

ZENEA

EN DIAS DE ESCLAVITUD

¿Qué es lo que ven mis ojos? Oh! qué veo?
Al ocio vil se entregan perezosos
Aquellos ay! de quienes Cuba espera
Impulso noble y varonil desco (1).

(1) Si Zenea tuvo á la vista alguna traduccion de Tirteo, fué probablemente la de Castillo y Ayensa, como lo indican el *vil ocio* y algunas otras frases; pero no es esa la mejor que se ha hecho del poeta griego. La que hizo el señor M. A. Caro (*Poesías*, 1866) nos parece superior; hay en ésta versos tan viriles y elegantes, por ejemplo:

Mueres si hidalgo, y si menguado, mueres.

Hé aquí la traduccion del señor Caro:

¿Hasta cuándo, decid, en vil reposo?
¿Cuándo alzareis, mancebos, finalmente,
Con esforzado aliento y generoso?

¿Ni de rubor se os cubrirá la frente?
¿En paz yaceis, cuando en furor sañudo
Arder mirais la convecina gente?

Ajusta al brazo el adalid su escudo,
Golpes descarga, al enemigo acosa,
Y triunfa ó muere, de temor desnudo.

¿Cuánto es accion magnánima y gloriosa
Que vuela el jóven á la lid tremenda,
Por su patria y sus hijos y su esposa!

Si á todos busca por ignota senda
La inevitable muerte, ¿qué provecho
Brinda el temor de la marcial contienda?

La espada empuña, avánzate derecho,
Mancebo altivo, y mientras rudo hieres,
Hierva el furor so el escudado pecho!

Mueres si hidalgo, y si menguado, mueres;
Y aunque nieto de dioses te declares,
Aun no inmortal cual tus abuelos eres.

Hubo ya quien huyendo los azares
Y estruendo de las armas, á deshora
Fué con la muerte á dar en sus hogares.

¿Muerte triste la suya! El que colora
La tierra en sangre y lucha cual valiente,
Ese es el digno á quien el pueblo llora.

La conclusion de *En dias de esclavitud* tiene analogía de estructura con la silva de Bello *A la Zona Tórrida*. Empieza con la bellísima invocacion:

¡Timima undoso, sacrosanto rio,
Jordan en cuyas aguas deliciosas
Se bautizó la libertad cubana!

Luego pide á los manantiales y fuentes que salten sus diques y se enturbien, que se rompa el espejo trasparente

En que vienen á verse las hermosas
Y los Narcisos sin pudor se miran.
Brame la tempestad, ceibos ancianos
Doblándose al rugir los aquilones
Volar sus ramas por los aires vean,
Y las que fueron plácidas mansiones
Del amor y el placer, campos eriales,
Oscuros antros y desiertos sean.

Mas qué escucho? Parece que en los llanos
Su voz difunden bélicos clarines
Y redobla el tambor sobre los cerros;
Y al trotar los aligeros bridones
Miro allá de la selva en los confines
A intervalos lucir brillantes hierros,
Y entre el humo correr los escuadrones.

Se estremece la tierra,
Nubes de polvo en la batalla ruda
Levanta en confusion hueste contraria;
Y en medio de los himnos de la guerra
¡Al fin el pueblo vencedor saluda
El pendon de la estrella solitaria!

Bello describe los atractivos del campo, deplora la vida de las ciudades, y cree incapaz de grandes cosas al

Que riza el pelo, y se unge, y se atavia
Con femenil esmero,
Y en indolente ociosidad el dia
O en criminal lujuria pasa entero.

Sigue haciendo la pintura de las bellezas de la vida del campo:

Abrigo den los valles
A la sedienta caña;
La manzana y la pera

Y si se salva, es torre que eminente
Amparando á los suyos se levanta:
Nombre de semidios le da la gente:
Su brazo solo ejércitos espanta.

En la fresca montaña
 El cielo olviden de su madre España.
 Adorne la ladera
 El cafetal: ampare
 A la tierna teobroma en la ribera
 La sombra maternal de su bucare;
 Aquí el verjel, allá la huerta ría.....
 ¿Es ciego error de ilusa fantasía?
 Ya dócil á tu voz, Agricultura,
 Nodriz de las gentes, la caterva
 Servil a-mada va de corvas hoces:
 Mirota ya que invade la espesura
 De la floresta opaca: oigo las voces,
 Siento el rumor confuso; el hierro suena,
 Los golpes el lejano
 Eco redobla: gime el ceibo anciano,
 Que á numerosa tropa
 Largo tiempo fatiga:
 Batido de cien hachas se estremece,
 Estalla al fin y rinde la ancha copa,
 Huyó la fiera: deja el caro nido,
 Deja la profe implume
 El ave, y otro bosque no sabido
 De los humanos vá á buscar doliente.....
 ¿Qué miro? Alto torrente
 De sonora llama
 Corre, y sobre las áridas ruinas
 De la postrada selva se derrama.
 El raudo incendio á gran distancia brama,
 Y el humo en negro remolino sube,
 Aglomerando nube sobre nube.

VI

Diez traducciones contiene el libro, aunque en la seccion del título sólo hay nueve; la otra, « De H. Heine, » se halla en la seccion de *Poesías variadas*; y es bien mala. Indudablemente, el pensamiento del poeta alemán dobo de ser muy difícil de poner en verso castellano, porque lo hemos visto traducido por varios, y siempre hemos hallado la expresion oscura como en Zenea, ó escesiva como en J. A. Pérez Bonalde, ó monótona como en E. Florentino Sanz, ó débil como en F. Sellon. Enrique Piñeyro tradujo en prosa el *Intermezzo*, y su version es la que tiene más verdad y energía. En términos generales, no somos partidarios de las traducciones en verso, porque es casi imposible que resulten exactas; hay que suprimir ó agregar bellezas; lo primero es un delito literario, lo segundo un despilfarro de las facultades propias.

Las otras traducciones son: de Leopardi, Bryant, A. de Musset,

dos de Longfellow, tres del alemán, francés é italiano, anónimas, y una imitacion. Esta última es un compendio, magistralmente hecho, de *El Arpa* de A. A. Grafstrom, poeta sueco; la del francés es de Leonard, poeta de una Antilla francesa.

Espronceda tiene algo parecido al *Madrigal* italiano. Dice éste que lo pasado no existe, porque ya se fué; que lo porvenir tampoco, porque no ha llegado; que sólo existe lo presente, pero que es relámpago triste:

Luego la vida humana es, en conjunto,
 Una memoria, una esperanza, un punto.

Espronceda dice:

Un sueño es lo presente de un momento,
 Muerte es el porvenir; lo que fué, un cuento.

Los dos rizos no son obra de Longfellow, aunque Zenea los dá como tal. El autor es Pfizer, poeta alemán, de quien la tradujo el cantor de *Evangelina*. Los dos primeros versos de la última cuarteta dicen así en inglés, y en la traduccion de Zenea:

And when I see that lock of gold		Y al mirar el rizo de oro
Pale glows the evening-red.		A encontrar la paz no acierto.

inexactitud que se podría perdonar si se ganase algo en compensacion; pero léjos de eso, el pensamiento y el verso reemplazantes son pobres.

La traduccion de *Lucía*, salvo alguno que otro acento dislocado, y alguna frase especulativa, como aquel *Y viendo yo*, es bellísima: en algunos lugares agrega labores al pulimento del original, por ejemplo:

Y al gemir de la noche, en el reposo,
 Nos pareció que nos hablaba el cielo.

El verso

Estábamos sentados juntos; ella.....

Y este otro:

Así meses despues ¡oh niña mía!

son horribles; Zenea mismo los detestaba; «pero no he podido cambiarlos,» decía:

Lástima, sea dicho de paso, que Alfred de Musset no nos dejara una docena siquiera de composiciones tan perfumadas de sentimientos puros como esta. *Lucia* deja adivinar qué clase de poeta hubiera sido, si todas las raíces de su alma se hubieran alimentado, como la que elaboró aquella savia deliciosa, de la lluvia del cielo, y no del agua cálida con que Jorgo Sand y tantas otras las agostaron desde antes de la primavera.

VII

Zenea se ocupaba en limar sus composiciones para hacer una edición esmerada; su ideal era publicarlas con profusión de lîminas, y es una desgracia que no tuviese tiempo para acabar la corrección. En ella hubieran desaparecido las frases prosáicas, pocas, por fortuna; que desordenan, como molduras sin gracia, la fina arquitectura de sus versos.

Hé aquí algunas muestras :

Y es preciso ser curioso.....	página	8
<i>Dichoso y muy dichoso !</i> Pues podía.....	—	11
Ella me vió á sus pies de amor <i>beodo</i>	—	21
Y con el alma de placer <i>beoda</i>	—	30
<i>Digalo yo</i> , que al borde del abismo.....	—	42
Cuando á <i>la vez</i> juzgaba que nadie me quería....	—	56
Y un rizo encantador de tus cabellos	}	— 63
Con qué se <i>comparará</i> ?		
Esa pálida y vil prostituta	}	— 61
Que se abraza al soldado español.		
La hermosura y el talento,	}	— 67
La virtud y la instrucción.		
.....Las agonias	}	— 70
Que sufre el hombre de diversos modos.....		
¿Porqué no hablaste como hablar solías ?	—	73

Otras veces decae el pensamiento, como en *Sicut nubes*, cuyos tres primeros versos son tan bellos:

¡Tantas memorias! ¡Y olvidarse luego!
Y conformarse al fin con la amistad!
Y así apagarse en el altar el fuego!
¡Oh misera, infeliz humanidad!

Y no faltan pensamientos oscuros, como en la silva *Á mi amada*:

Seis meses hace; ¡con pesar me acuerdo!
Cuando pensaba en un amigo ausente,

Quedóme de una hermosa solamente
La flor amarillenta del recuerdo.....

Señalaremos, en fin, algunas repeticiones:

Mirra de santos consuelos.	página	4
Oleo de santo consuelo.	--	26

La poesía *C....*, página 76, es una variante de *En un álbum*, página 45.

VIII

Pero esas imperfecciones se ahogan en la rica inflorescencia de su dición, que conoce el camino del alma y vuela hácia ella, y siempre le deja alguna sensación duradera, marca de espina ú onda de perfume. Los versos de Zenea se graban en la memoria, porque se fijan en el corazón. La mirada se detiene en la página, el libro queda entreabierto, se oye aquella voz que « en las bóvedas cóncavas resuena », y delante de los ojos flotan las imágenes de « aquella noche de la opaca luna — á las móviles sombras de las palmas », esas « arpas sonoras del monte »; las « pirámides de espuma trasparente », la « filigrana argentina en los balcones » (la nieve); otras veces « en las sendas incógnitas del trueno — combato la legión de la tormenta » — « y en un manto de rayos y tinieblas — el Dios del huracán envuelto pasa ». En uno de sus escasos días felices, al lado de la mujer querida,

Lanzaba un rayo tenue y azulado
La lámpara encubierta con un velo,
Como un rayo de luna aprisionado
En un vaso del cielo.

La voz de su adorada *llena con músicas sonoras las soledades de su vida*,

Descubriendo tesoros de ternura,
En el áspero idioma de los hombres.

El amor ocupa todo su corazón, absorve todas las facultades de su juventud:

Al decirnos los dos nuestros amores,
Con ella y yo se completaba el mundo!

Romeo y Julieta no tuvieron, en la noche del balcón, seducciones mayores que las del cuadro que sigue; no falta en él sinó el ruiseñor cantando en el granado:

Del baile y de emociones fatigados
Salimos al jardín á errar dichosos;
En frente de un ciprés nos detuvimos;
Y en el sabroso platicar, sentados,
¡Oh! ¡qué cosas tan dulces nos dijimos!
Tu juventud con sus brillantes galas,
La música, tu voz, el claro cielo,
La presión de tu mano,
El céfito noctívago en sus alas
Débil hurtando en perezoso vuelo
Los últimos aromas del verano,
Todo alentaba la pasión ardiente;
Y alarmados, mujer, nuestros sentidos,
En busca de suspiros anhelantes, (1)
Hubo una vez en que al alzar la frente
Mis labios atrevidos
Tocaron en tus labios palpitantes.
Tocaron nada más.

¿ Recuerdos de la juventud que no se olvidan nunca, y que bastan para enfermar de nostalgia en la espatriación:

Ni hay grata melodía
En el lánguido hablar de una extranjera,
Ni hay amor como el tuyo, hermosa mía,
En cuanto abarca la extensión del mundo!

Estos son, sin duda, los días de prueba en que, como él mismo lo dice, le faltó su ángel de guarda. Es difícil coordinar la vida del poeta á la sola luz de sus poesías, pues aquí deberían colocarse los trenos por Fidelia, si los versos que siguen no dieran testimonio de una escena muy anterior ó muy posterior. No cabe más explicación, sino que toda alma de poeta es un poco *mormona*; (y la de los no poetas también, sea dicho en justicia). Vuelve á ver á su amada, pero alguna mudanza terrible debe de haber experimentado él en su corazón, cuando lo dice:

Mas no me escuches! De tu ardiente seno
Puede turbarse la envidiable calma,
Y retiro la copa del veneno
Por no dejarte emponzoñada el alma!

(1) No incluimos este verso en nuestro elogio, porque los suspiros no se buscan.

Ella, ó mejor dicho, una de ellas, le pide un juramento de fidelidad, y él lo pronuncia así:

No sé dó llevarán la barca mía
La onda, el viento, el que la mar gobierna,
Ni dónde el áncora arrojaré algún día
Desde esta orilla hasta la orilla eterna;
Mas donde quiera, respondi, ni glorias,
Ni dicha, ni pesar, tormenta ó calma,
Borrarán de mi mente tus memorias,
E irás conmigo en lo mejor del alma.
Irás hasta que rujan iracundos
Vientos que en raudo giro se revuelven,
Y llegue yo, por fin, á aquellos mundos
De donde nunca los viajeros vuelven.

¡Pobre Zenea! ¡Cuán lejos estaba, al escribir sus versos, de prever el puerto á donde iba á arrojarlo «el que la mar gobierna,» y donde se iba á oxidar su ancla! El puerto era entonces una *x* que habia de despejarse más tarde en las quintillas *A una golondrina*, del *Diario de un mártir*, y por fin resultó ser un abismo. Una de las quintillas, escritas, como la *Jóven cautiva* de André Chenier, en el calabozo, dice así:

Si el dulce bien que perdí
Contigo manda un mensaje
Cuando tornes por aquí,
Golondrina, sigue el viaje,
Y no te acuerdes de mí!

«Sigue el viaje» es desgarrador. El poeta veía ya los arcabuces españoles apuntados contra su cabeza cubierta de laureles, y dice «la golondrina que pase, para que no lo eche menos y no lleve á su hija y á su esposa la noticia de que la prisión estaba ya desierta!

IX

El libro que estamos examinando demuestra que Zenea podia sacar de su laud diferentes armonías, y que si prefirió casi siempre un mismo tono, no fué por impotencia para la variedad, sinó por inclinación irresistible. Tal como ha quedado en nuestra naciente literatura, lo que domina en él es el tañido fúnebre; parece el canto pausado que á la hora del crepúsculo detiene al transeunte

frente al pórtico de una catedral antigua. El ángel de los abismos insondables es su musa. Su gènio no alcanza entero desarrollo sinó cuando canta las tristezas de la muerte, como si desde temprano hubiese sentido la predestinacion de sus laureles marchitos en flor, la crueldad con que el porvenir habia de ahogar sus esperanzas, y sus propias agonías. Dirige al cielo la mirada, pero no siento necesidad de remontar muy alto el vuelo; bate las alas suavemente, melancólicamente, se posa en un ciprés á contemplar la soledad de la aurora, se esconde en un sauce á llorar el último rayo de la tarde, y si á media noche se oyen sus gemidos, es seguro que los exhala desde la cruz de una losa sepuleral.

El amor dichoso le ha inspirado ménos himnos que elegías el culto de ultratumba. Fídelia habrá existido ó no, pero él ha acertado á encontrar el vaso en que la diosa florentina escanciaba á Petrarca el néctar de la melancolía voluptuosa, y ha bebido tambien. Y cuando no canta á la sombra de su amada, siempre se advierte en su voz algo que nos la recuerda, algo como un éco no muy lejano, como un perfume no acabado de evaporar, como una lágrima recién enjugada, como una viva reminiscencia. Sus poesías amatorias tienen siempre un reflejo en las que no lo son. Forman todas un conjunto, como un relicario de azabache que por cualquier faceta arroja un rayo de luz de fondo negro. Si sus amigos son felices, su lira nada tiene que hacer; si sufren, ó si la patria sufre, es la hora de osos acordes, siempre plañideros, que se llaman *Las sombras*, *El sepulero*, *A la muerte de un niño*, *En la muerte de ****, *Ultratumba*, *A Fornaris en la muerte de Lola*, á *Niccolás Azcárate en la muerte de su hija*, *En Greenwood*, etc.

He descubierto un camino
Tan tortuoso como estrecho,
Que obstruyen yerbas en Mayo
Y hojas secas en invierno.

Eso camino es el de un sepulero. Un 2 de Noviembre, día de difuntos, oye en la tarde un « suave acento, » un « solemne murmullo: »

Es el canto de la tarde,
Es la voz de los sepuleros.
.....
Por los cármes del río
Vago j ensativo y mustio,
Y entre el follaje del bosque

Blancos fantasmas descubro,
¡ Ah ! ¿ quiénes son esos tristes ?
Mis compañeros de estudio;
Las sombras de mis amigos
Que salen de los sepuleros.

Desde la primera página de su libro se observa que su ideal es una sombra; puedo decirse que él mismo se anticipa á señalarnos con el dedo su musa fugitiva envuelta en un sudario, pues en las primeras líneas de la introduccion se lee:

Porque yo mismo lo he dicho:
Mi esperanza es un cadáver.

Y ou el romance *En la muerte de ****:

Yo al fin no aguardo por cierto
Riqueza, glorias ni dichas,
Y donde está mi esperanza
Mejor mi cuerpo estaria.

Aun en las traducciones se nota esa tendencia de su idiosinercia, pues de las nueve que aparecen en la seccion, siete llevan flotando al aire crespon negro. En el primer cuadro, *no abren más los ojos aquellos hermosos niños* que se adormecen, cansados, despues de olvidar el hambre bailando al són del arpa de su padre. En los dos cuadros finales muere *Lucía* y mueren las *Flores de Bryant*. Y faltan ahí, como en otro lugar hemos dicho, la *Tumba del Marino* y la muerte del año, de Tennyson:

Callad, campanas tristes! Si el cielo está sombrío,
Si flota entre las nieblas algun fulgor extraño,
Si la estacion lluviosa muriendo está de frío,
Callad, campanas tristes, dejad morir el año!

X

Esas son las composiciones de su adolescencia. Aunque casi ninguna tiene fecha en el tomo, se ve que son los quejidos primerizos de un alma nueva en la vida y el dolor. Más tarde, cuando han empezado á llegar « los tiempos de las hojas amarillas », el poeta, como cansado de vagar entre las cariñides del cementerio, sale á cantar más cerca de la sociedad, sin dejar por eso de entremezclar á las rosas primaverales que coge para los vivos, algu-

nas margaritas mustias de las tumbas de sus muertos. « Señor! Señor! el pájaro perdido » es de esta época; cuando entró á formar parte de *En dias de esclavitud*, ya había tenido, como diría un botánico, su *ciclósis*. El *Recuerdo*, el *Nocturno* y las *Segundas nupcias*, son tambien espigas de la segunda cosecha.

Tal ejercicio fúnebre de su lira explica por qué las composiciones de otro género, que escribió en los albores de la juventud, son inferiores: el *Hijo del rico*, por ejemplo, no tiene perfiles tan bien delineados. La misma observacion hacemos á sus primeras poesías patrióticas: ¡cuánta diferencia entre ellas y *En dias de esclavitud*! ¡Cómo se sienten en ésta las palpitaciones del hombre social, las ansias de independencian en el alma indignada del colono! La oda titulada « 16 de Agosto de 1851 » es, sin embargo, una escepcion, y el crimen que conmemora explica su sostenida energía. En una de las tertulias literarias que se daban en casa del señor Nicolás Azeúrate, leyó su oda *Á Lincoln*, que fué recibida friamente. « Si lo hubiera usted visto — nos refería Luisa Perez de Zambrana — cómo se dirigió á sus amigos y nos dijo: *Ó esta poesía es muy mala, ó todos ustedes son unos imbéciles*. Y no era lo uno ni lo otro, sino que su propia reputacion hacía daño á la medianía de la oda. »

Debemos citar el romance *Las Misas del Monserrate*, que en nada se parece á ninguna de sus otras composiciones: es una buena muestra de un género que no cultivó. Tiene pasajes chistosos, como:

Los curiosos y curiosas
No se hartaban de mirarme,
Como diciendo: crea
Que iba con él á casarse.

XI

Nada hemos dicho de la prosa de Zenea, y, vista la estension de este artículo, el *Repertorio* nos llamaría al orden si lo intentásemos, porque el exámen sería muy largo, necesariamente. Su *soluta oratio* tenía tanta animacion poética como sus rimas. Entre sus principales trabajos, recordamos un estudio crítico sobre los oradores anglo-americanos, que fué muy bien recibido en España cuando lo publicó *La América* del señor Asquerino. Sus *Meditaciones* son un poco cansadas; pero hay una llena de sentimiento, que se

titula, si no recordamos mal, *Al cumplir treinta años*. Tenía, además, preparada, segun nos dijo, una *Historia de Heredia*, con datos que pudo recoger en Méjico y algunas poesías inéditas del inmortal cantor del Niágara. Los admiradores de ambos poetas, cuantos amamos la buena literatura, experimentaremos verdadero júbilo el dia en que se publique tan precioso trabajo.

XII

Si despues de estudiar la obra del poeta queremos conocer al hombre, será necesario hacer su biografía; pero, aunque fuviésemos todos los datos, nosotros no la escribiríamos. No están nuestras sociedades acostumbradas, como las europeas, á que se levanten desde muy temprano los velos de la vida íntima. Cuando se publicó por primera vez el romance *Tristeza* (reproducido en el número 45 de *La Luz* de Bogotá), se leían en él, á continuacion de la cuarteta que termina « Tocas nupciales suceden », estos versos, que se han suprimido en las ediciones posteriores:

Por eso hasta aquellos mismos
Que mi sangre y nombre tienen,
La ley de naturaleza
Ingratos desobedecen.

En el mismo romance se lee todavía lo que sigue:

Bise el susurro del Cauto,
Del San Juan las ondas tenues,
Y más que todas querida
La voz de Almendar solemne.

El *Cauto* (que es el río más caudaloso de la isla) atraviesa la jurisdiccion de Bayamo, cuna del poeta, y el *Almendares* pasa cerca de la Habana; ¿la última cuarteta no es una confesion de que su afecto por la tierra natal se había, con razon ó sin ella, entibiado ya?

Lo repetimos: es temprano para escribir la vida de Zenea. Hay en sus primeros, como en sus últimos años, pormenores interesantes para sus admiradores, pero toca á otros escoger la oportunidad del relato.

Lo que si podemos es examinar las circunstancias que prepararon y formaron el carácter del poeta.

Además del temperamento, hay muchas causas que determinan nuestro modo de ser en la vida. La familia, la educación, las primeras lecturas, las amistades de la infancia, el estado social y político del país en que uno se educa, son las principales de esas causas. Zenea nació en 1834, y muy joven fué á la Habana á comenzar sus estudios. Al entrar en la adolescencia encontró la sociedad agitada con una gran idea, la idea de la emancipación de España, y la acogió con el fuego propio de la juventud, y fué uno de los más ardientes conspiradores. Igual á la elevación de sus esperanzas debió de ser la profundidad de su desaliento cuando el destierro y el patíbulo pusieron término, desde entónces hasta 1868, á la labor de los patriotas. ¿Se necesitaba más para enfermar el alma sensible de un poeta?

Por eso la poesía de Cuba ha sido quejumbrosa en los últimos treinta años; de todas nuestras grandes arpas sólo la de Gertrúdis Gómez de Avellaneda ha sido herida por otros vientos, y es claro que, habiéndose formado su genio en España, no pudo sufrir, como todos los demás, la acción opresora de un gobierno que no quería ni debía hacerse amar. Si la pasión de la gloria hacía cantar á nuestros poetas, la censura les vedaba publicar sus esperanzas, y por eso, cuando resonaba un grito de guerra, no se nombraba á Cuba, sino á Polonia, como lo hizo José Joaquín Palma, á Irlanda, como lo hizo M. R. de Mendive, á Grecia, como lo hizo Joaquín Lorenzo Lanés. La *Caída de Misolongi* (número 34 de *La Luz*) no ha sido nunca griega para ningún cubano.

Si á eso se agrega la influencia de la literatura francesa, se tendrá razón cabal de los elementos en que se movió y nutrió el genio público de Zenea. Escribiendo en 1849 deca Saint-Beuvo (*Chateaubriand et son groupe littéraire sous l'Empire*) que el *mal de René*, después de haber reinado como cincuenta años, había ya casi desaparecido; de Francia sí, pero no de América, agregaremos nosotros; y eso mismo exactamente se verifica con todas las modas francesas, como lo saben muy bien nuestras bellas desde Méjico y Cuba hasta el Cabo de Hornos; preparémonos para que dentro de diez ó doce años, cuando en París nadie se acuerde ya de Zola, se desarrolle entre nosotros el repugnante *naturalismo*. *Pablo y Virginia*, *René*, *Atala*, *Gracielita*, etc.; han tenido una gran influencia en los ideales literarios de nuestra raza; llorar algo muerto ha sido una moda como cualquiera otra, aunque entre nosotros algo rezagada.

En Colombia, donde ya no se conservan rencoros contra España, la literatura tiene dos corrientes: la una, la de más caudal de erudición, enteramente española, más española que en España quizás, pues hay aquí quien escriba el castellano con más pureza que la mayor parte de los autores de la Península; la otra corriente, la más atrevida, es francesa por sus ideas, por su espíritu, por su lenguaje. En Cuba toda la literatura es francesa. Piñeyro pudiera, pero no quiere escribir como los clásicos. Cuando imitamos á Byron, el ménos británico de los ingleses, y á Goethe, el ménos germánico de los alemanes, no hacemos sino acompañar, en su admiración por ellos, á los franceses.

América es muy joven todavía para que tenga literatura propiamente dicha. Los Estados-Unidos, que poseen otras tradiciones y otra historia, no por eso nos aventajan; carecen todavía de teatro, de novelas, de epopeyas; algún historiador, dos ó tres poetas, un filósofo, unos pocos oradores y escritores políticos, y eso es todo. Su Niágara se lo hemos cantado nosotros. Todavía no hay allá quien nos haya dado una oda inmortal sobre Washington. Bolívar, á lo ménos, sí ha tenido un cantor sur-americano digno de sus hazañas.

Zenea no se elevó á tan grandes alturas, ni en su tiempo había para qué. Miembro de una comunidad en duelo, lo que le tocó fué llorar, y hasta tuvo que dar otro nombre á su dolor y á sus lágrimas. Heredia exhaló acentos más viriles, porque lo hizo en tierras extranjeras, donde nadie iba á pedirle cuenta de sus gemidos; pero en el género elegíaco, no es superior á Zenea. La historia de la literatura española tendrá que citar al mártir del 25 de Agosto de 1871, cuando estudio el progreso de las letras en América; pero dirá, que aunque español por el idioma, fué francés por la inspiración y por los ideales, y cubano por el sentimiento y por las tristezas que cantó, que son el eco, tanto de su propio corazón, como de las angustias de su época.

RAFAEL M. MERCHAN.

Bogotá, 1881.

SUELTOS

LECCIONES DE ZOOLOGÍA — Los ANALES han recibido desde su fundación el importante y generoso concurso del naturalista don José Arechavaleta, el incansable observador, el amigo entusiasta de la juventud que adelanta, el profesor que por la profundidad de sus estudios ha sabido conquistarse entre sábios de América y de Europa estimación personal y autoridad como hombre de ciencia.

Arechavaleta ha donado al Ateneo un curso de zoología en doce lecciones. La Junta Directiva ha agradecido el donativo y se propone publicar en LOS ANALES esas lecciones, haciendo además un tiraje de quinientos ejemplares, puesto que la utilidad y la importancia científica de la obra, la harán indispensable, no ya como texto para la enseñanza, sino también como libro de lectura general, al alcance de todos aquellos que deseen iniciarse en los prolegómenos y conocimientos superiores de la zoología.

El texto llevará algunos grabados, y esta circunstancia obliga á aplazar hasta el número próximo la publicación de la lección primera.

Tiene en preparación el Sr. Arechavaleta otra obra de grandísimo interés para nuestro país. Es un estudio sobre las gramíneas de la República, que tiene por base una colección botánica de las más numerosas y prolifas que se encuentran en Montevideo y que el Sr. Arechavaleta ha formado con laudable perseverancia en sus varias escursiones por la República. Parte de esa colección fué exhibida en la Exposición Rural, el año pasado.

Al mismo tiempo que adelanta esta obra, que dará á conocer la naturaleza de nuestros pastos, estudia con ahínco las *Algas de agua dulce* y contribuye con sus valiosas observaciones al Album que con ese título publican en número reducido de ejemplares y destinado puramente á los sábios, los eminentes profesores Wittvoek y Nordstedt, el primero de la Academia Real de Ciencias de Stokolmo, y el segundo de la Universidad de Lund, Suecia.

El nombre de Arechavaleta figura ya en el mundo sábio y se lo encuentra como profesor honrando á nuestro país en la *Lista de jardines, cátedras, museos, revistas y sociedades de botánica*, 9.^a edición de la *Correspondencia Botánica*, impresa en Lieja, 1881.— *C. M. de P.*

La Junta Directiva del Ateneo ha resuelto organizar una conferencia pública para conmemorar el 19 del mes próximo, el glorioso aniversario de la pasada de los *Treinta y Tres*.
